

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



ma r m a 2 / 0 0 r i s 2 6.

Dib. BERNARD.—Paris.

—Está bien; ¡me marcharé con mi madre!
—¿Es una promesa o una amenaza?

Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

————— MADRID —————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

Sección recreativa de 'BUEN HUMOR'

por DIEGO MARSILLA

8.—Los estudiantes. :

A
100
CATEDRAL
TALEGA
A

9.—Charada.

—Qué atrevido es ese chico, con la *tercia cuarta* hace locuras; es capaz de subir con ella a una *cuarta segunda*.

—Yo le *prima terciá*. Como que le he puesto de *tercia prima prima segunda terciá cuarta*.

—Y es, realmente un *todo*.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

10.—Morito llorón.

REPTIL
COMBATE
EL

11.—Charada.

—El dueño de aquel *tercia segunda cuarta* no lo vende porque *dos prima* que esconda *tercia cuarta* y se aproveche otro.

—Estará esperando a que lo derrumbe algún *todo* y saque a luz el *tercia cuatro*.

—Entonces no sería un *todo* si no todo lo contrario.

12.—Manía fonta.

D
FLOR
D
Bofetada

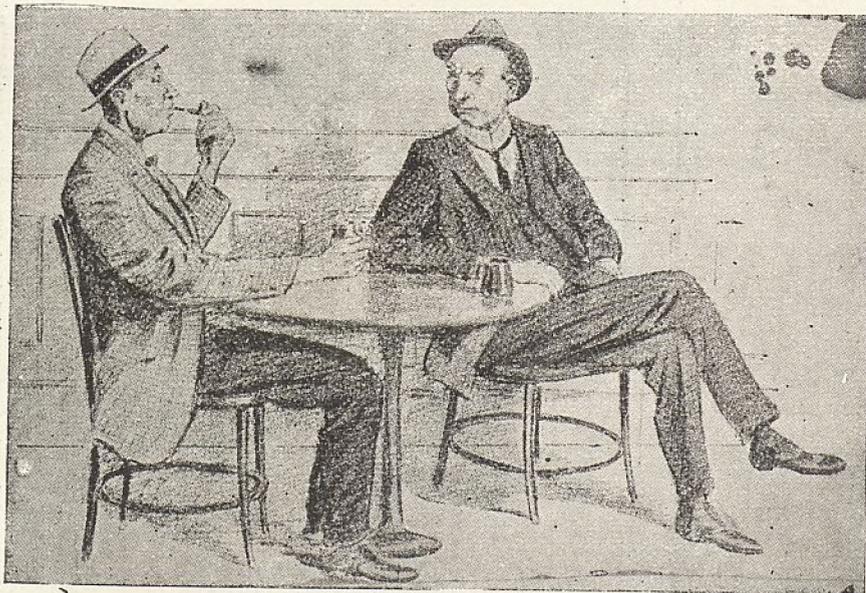
7.—Charada.

—Qué buen carácter tiene el remendón del portal; nada le hace *prima terciá*.

—Como que aun cuando le digan alguna tontería, él sigue impassible, es su *segunda terciá* al lado de su *todo*.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.



LO QUE NO EXISTE

—¿Cuál es la edad de la razón?

—Ninguna, no existe. Conozco a un hombre de setenta años que se ha casado el otro día por cuarta vez.

(De *Lidney Bulletin*, Lidney. Australia.)

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros graniticos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos *lozanía y juventud*. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

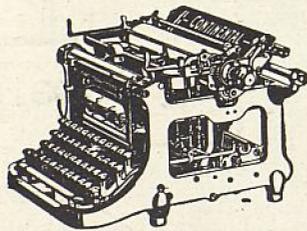
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin temerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

La máquina de escribir CONTINENTAL
es la predilecta



Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA, Claris, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir CONTINENTAL, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS

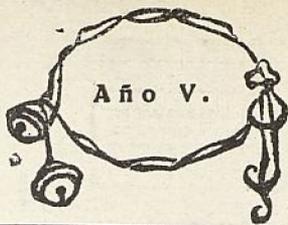
LOS
FAMOSOS
POLVOS
INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

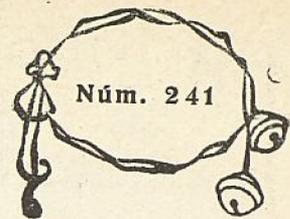
INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 11 de julio de 1926.



GENTE DE POR AHÍ

¿QUE ME DICEN USTEDES DE ESE TIPO?



ABLEMOS francamente: ¿Qué me dicen ustedes de ese tipo que se compra un par de zapatos caros y no se entera de que, según caminan, van produciendo un ruidito insolente de co-

sa nueva? Por dondequiera que va, el escándalo le sigue. Crujen, rechinan, trompetean sin descanso. No se han inventado todavía unos biberones especiales para estos zapatos que gañen como lechoncillos. Aún está por descubrir el arma de fuego que acabe con esta casta de perturbadores. Nadie conoce la grasa que destruya su chirrido ni la Ordenanza municipal que lo reglamente, fijando las horas y los parajes en que debe manifestarse. Por fortuna, la Naturaleza ha concedido al hombre de los zapatos rechinantes dos extremidades inferiores nada más. A la Naturaleza debemos también el prodigio de que los animales llamados ciempiés no utilicen las zapaterías ni acudan a los estrenos teatrales. Pero a pesar de tan loables testimonios de sabiduría, la Naturaleza no ha querido impedir que este tipo, tan cargante, encuentre cierta voluptuosidad en ir por el mundo pregonándolo con su par de zapatos, nuevo y singular «Chantecler» que ha instalado en las suelas el orgullo de su cacareo.

Aunque con tal alarde suele quedar evidenciada su psicología, y todos los pobretones que caminamos por la vida en pantuflas sabemos a qué atenernos, aún acostumbra recurrir a otros signos exteriores para abrumarnos con su prestancia. De tres a seis de la tarde se le ve por ahí con un habano en una comisura de la boca y el paillo mondadientes en la opuesta. Ambas cosas pro-

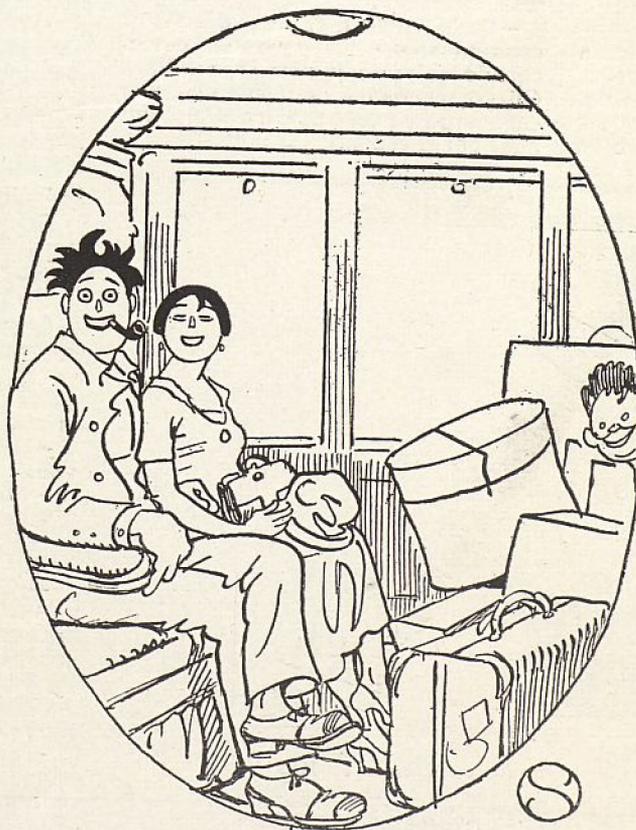
curan insinuarnos que constituyen el epílogo o desenlace de una comida succulenta y copiosa. Las exhibe en la terraza del casino, o en la «peña» del café, o en la plataforma del tranvía con la misma desfachatez rutilante con que un patán muestra sus andrajos o urricachón sus dehesas. Lo único que a este hombre le falta para ser definitivamente feliz es un escarapate, un tabique de cristal que con mil amores se colocaría delante de la boca, para asombro y delicia de los ejércitos de bostezadores que invaden la tierra.

Pero todavía le resta el recurso de prevalecer una vez más, imponiéndose a la admiración del vulgo. Este recurso

consiste en irse a su casa y sacar de paseo a la señora. La señora, en su más espléndida madurez, constituye otro espectáculo. Opulenta, jarifa, frescachona, pimpante, camina con esa elegancia sabrosa de la faisana, e incluso al través de sus ceñidas vestiduras fluye una sutil fragancia de caldo de gallina. Inmediatamente, al ver a la pareja, se nota que el marido se casó con esta mujer para lucirla, para contonearse a su lado, para sembrar en torno suyo la consternada admiración de los hombres que emparejaron con otras damas menos monumentales. No deja de resultar interesante el comprobar cómo y de qué manera el señor

marido ase del brazo a su cónyuge, impulsándola un poco hacia adelante, rezagándose él otro poquito más, de suerte que la marcha revista el aparato de una exhibición. A su paso, por la acera populosa se abre espontánea mente una especie de callejón rumoroso. Grandes sumas de transeúntes corren a apoyarse desfallecidos en los postes del alumbrado. El labio humano emite todo el catálogo de la avidez mal contenida que empieza en el gemido discreto y concluye en el conato de rebuzno. El hombre de los zapatos ruidosos, y del habano interminable, y del mondadientes agresivo, y de la esposa arquitectónica mantiene su empaque de semidiós. Si se atreviera a decir la verdad, toda la verdad que en su ánimo le cosquillea deleitosamente, confesaría que sigue faltándole algo: una verja de buenos barrotes colocada alrededor de su mujer. Sin embargo, le basta y le sobra con el fulgor de sus ojos. Sus ojos de marido son dos letreros lacónicos y conminatorios en los que muchos pazguatos leen: «No toquéis; peligro de muerte.»

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. SILENO.—Madrid.

AL PASO DE LOS PAVOS

(CUENTO)

I

—¿Pero es mi compadre Parrita er que viene con esa man í de pavos? Pos como sean suyos, que ro lo serán, esta es la bendita hora en que me paga er duro que me debe, o me queo con un pavo.

—¡Josú! Ya m'ha diquelao mi compadre Perote y pa mí viene. Ese me va a pedí los veinte reales. Lo mejón será desirle que no son míos los pavos y darle una larga con salero.

—Camará, Parrita, ¿aonde va usté con tantísimos pavos?

—A Sevilla voy a vé de venderlos.

—Selebro la prospería, compadre, porque ahora sí que me podrá usté aboná ese piquillo.

—¿Piquillo? Pos como no quiera usté er de un pavo...

—Hombre, oro es lo que oro vale. Dígame usté cuál es el mío.

—Si fueran de mi pertenencia, ya estaba usté escogiendo los cinco más gordos, porque yo quiero portarme con usté como San Bruno, que da siento por uno. Ahora, que no son míos. A mí me van a queá sus güenos cincuenta reales por el trabajo de llevarlos y venderlos.

—De toas maneras...

—Sé lo que me va usté a desí; y en lo tocante a eso, viva usté tranquilo, que en cuanto yo llegue de Sevilla, fiene usté su duro de usté, aunque a mí me jaga más farta que el aire pa

respirá. Lo primero es cumplí con la gente.

—Pos que no vaigan a sé más que palabras.

—Calle usté compadre, que usté no me conose a mí. Conque condíó y hasta la güerta, que pa llegó a Sevilla llevo er tiempo tasao.

—¿Cuánto tiempo piensa usté de echá?

—Hombre, pos como de aquí a Sevilla hay una tiraíta y los pienso de llevá andando por la carretera... pos yendo ar paso de los pavos, que ya ve usté que no son motocicletas, tres días con sus tres noches. ¿Es poco?

—Hay de sobra, hombre.

—Eso s'ha menesté, porque dentro de tres días es Pascua y yo he echao mi cuenta pa no llegá ni un día antes ni un día después. Ni un día antes, pa no tené que pagá posá, armasenaje y comía de los pavos; y ni un día después, porque queré que le compren a uno pavos después de Pascua, es lo mismo que ponerse a vendé «calentitos» a la puerta del infierno.

—Pero... ¿y comía pa esos animalitos, no lleva usté?

—Ni farta que hase. Estos bichos resisten mucho.

—Pero, compadre, tres días por esos mundos y los pavos sin comé, cuando se presente usté en Sevilla... Güeno, menos má que lleva usté una caña larga y puede usté ir entreteniéndose por el camino.

—¿Con qué?

—Hombre, con los que la vaigan diñando. Y en vé de entrá en Sevilla con cincuenta pavos, puede usté presentarse con cincuenta plumeros.

—Güeno, hombre, salú.

—Salú y hasta la güerta.

II

Parrita metió sus pavos en el tren, llegó a Sevilla, los vendió muy bien vendidos, regresó al pueblo con sus buenos duros en el bolsillo, y cada vez que se acordaba del que debía a su compadre Perote, se acogía sonriente y socarrón a la santa máxima que reza así: «debe y no pagues, que somos mortales».

III

—Hombre, compadre Parrita, dichosos los ojos...

—¡Compadre, qué casualía! En usté estaba yo pensando ahora mismito, porque va pa dos meses que no doy un gorpe y ando esalentao y sin tené a quién acuí pa que me emprieste ni dos perras gordas, que no lo va usté a creé, pero toas las puertas se m'han cerrado.

—Y la primera la mfa. ¿Ve usté? Si usté al gorvé de Sevilla de vendé los pavos me hubiera degüerto mi duro, ahora le daría yo a usté las niñas de los ojos que me pidiera.

—¿De vendé los pavos? ¡Que se cree usté que yo vendí los pavos! ¿Pero no sabe usté que cuando llegué a Sevilla ya había pasao la Pascua y tó y no vendí ni uno?

—¡Pero compadre, si salió usté con tres días de antisipasión!

—Sí, señó, con lo justo y tasao pa llegá, pero no llegué.

—No me venga usté con andróminas. Con er tiempo que llevaba usté por delante, camino de Sevilla, no digo yo al paso de los pavos, andando p'atrás, se llega a Madrí, se da la güerta y se llega a Sevilla a tiempo.

—Usté no sabe cómo andan los pavos.

—Por poco que anden hay que ve lo que dan de sí tres días y tres noches.

—Sí, pero como en vé de tres días echamos seis...

—¡Compadre!

—Ni compadre ni ná, porque mientras era de día, mal que bien íbamos los pavos y yo adelantando camino, pero lo que usté no sabe es lo que me pasaba en cuanto se hasía de noche.

—¿Er qué?

—Pos que los pajoleros pavos se me subían a los árboles y se echaban a dormí.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



Dib. JOSEFINA.—Madrid.

INDISCRECIÓN

EL.—¿Conoce usted «El Abuelo» de don Benito Pérez Galdós?
 ELLA.—¡¡Oroseroll!

BANDEÁNDOS E LAS

—¡Chico! ¿Tú? ¡Lanzagorta! ¡Pepuchillo, hijo! ¿Qué es de tu vida?

—¡Ya ves, Antofuelo, bien! ¿Y de la tuya?

—¡Voy viviendo! ¿Y tú, qué te haces?

—¡Bandeándomelas! ¡La vida está tan difícil!

—¿Sigues en el Ayuntamiento?

—¡Allí sigo!

—¡Ya tendrás un buen sueldo!

—¡Quiá, hijo! ¡Cuatro mil pesetas y gracias!

—¡Después de quince años!

—Sí, Antonio, con mi destino no tengo para cañamones.

—¿Y haces algo más?

—¡No tengo más remedio! ¿Tú recuerdas que yo tocaba el violín de afinación cuando éramos chicos?

—¡El anillo de hierro no puedo olvidarlo!

—¡Pues ahora lo toco en un teatro!

—¡Muy bien!

—¡Ya sé que la nota que tengo que dar no la doy, pero siempre procuro dar la más inmediata, y como el sueldo son seis pesetas, medio tono arriba o abajo me lo fienen que dispensar!

—¿En el Ayuntamiento habrás requerido gran competencia?

—¡En absoluto! ¡No ves que en la oficina escribo para el teatro!

—¡Ah! ¿Sí?

—Hago esqueches. Esas piezas cortitas que se hacen en los teatros de varietés y que son el vehículo para colarle al público, a las cupletistas y a los excé..tricos sin que se enteren.

—¡Ya, ya sé lo que es!

—¡Por cierto que el otro día me faltaba una cuartilla y luego apareció decretada en un expediente!

—¡Te podía haber costado el destino!

—¡Peor hubiera sido que se hubiera traspapelado un informe en un vaudeville, porque me hubieran rechazado la piecécita!

—¡Quién sabe, hombre, a lo mejor le dicen al público el informe y se tumba de risa!

—¡El otro día estrené, pero no gustó!

—¿No?

—¡No! No ves que estoy escribiendo en la oficina y vienen con que ponga un oficio o haga un recibo, me distraen y como para escribir se necesita tanto silencio...

—¡Pues yo no toleraba que me interrumpieran, porque por trescientas pesetas al mes no creo que tengan derecho a no dejarte que te ganes un duro!

—¡Figúrate! ¡Además por la tarde no puedo escribir.

—¿Pues qué haces?

—Corro anuncios.

—¡Ese es buen asunto!

—¡Sí, pero como hay que dedicarle mucho tiempo y antes de ir a tocar al

teatro llevo la contabilidad en una lechería!...

—¿También contable?

—¡Por ver si vive uno, Antonio! ¡Te advierto que ningún día corresponde el líquido a lo vendido!

—¡Será que echan agua!

—No sé. Ahora que el dueño me lo pasa. ¡Como sólo me da cinco duros!

—Bueno; la verdad es, Joselito, que.. No te enfades, pero es que no cumples en ninguna parte.

—¡Toma, ya lo sé! Y el caso es que yo podría ser un competente empleado o tal vez un Sarasate, o quién sabe si un Benavente o un financiero de altura!

—¿Por qué no?

—Pero que me paguen bien en una casa y me especializaré en ella. Ese es el secreto del extranjero, que cada uno

puede dedicarse en cuerpo y alma a una sola cosa y rindiendo toda la utilidad de su trabajo es pagado también suficientemente.

—¡Cierto, Pepe, cierto! ¿Oye? ¡Que te llaman!

—¡Ah, sí! Perdona un momento. Sí, el domingo en el Stadium a las cinco. Adiós.

—¿Qué te decía ese?

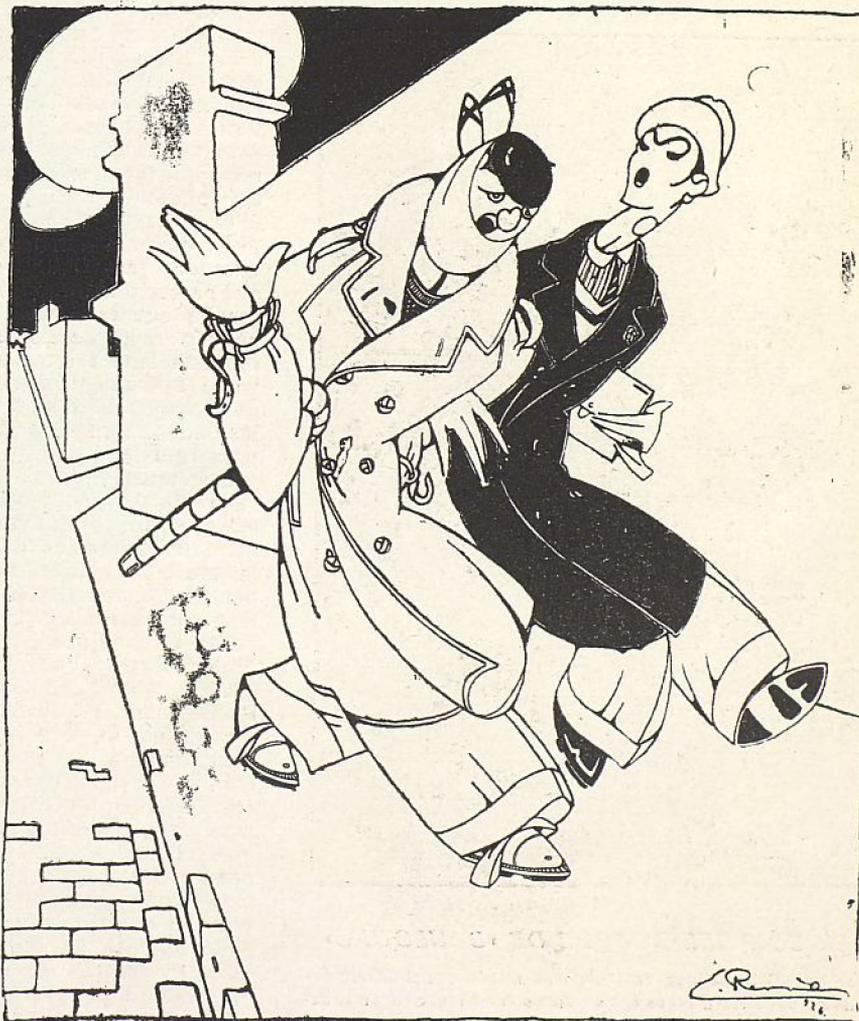
—Es que te he ocultado otra ocupación que tengo.

—¿Sí?

—Sí. ¡Los domingos soy árbitro en los encuentros de foot-ball!

—No digas más. Ahora me explico por qué se arbitran tan mal la mayoría de los partidos.

ANTONIO PLAÑIO



—¿Te duele una muela? Yo si fuese tú me la sacaba.
—Y yo también... ¡si fuese tú!

Dib. PERALS.—Teruel.

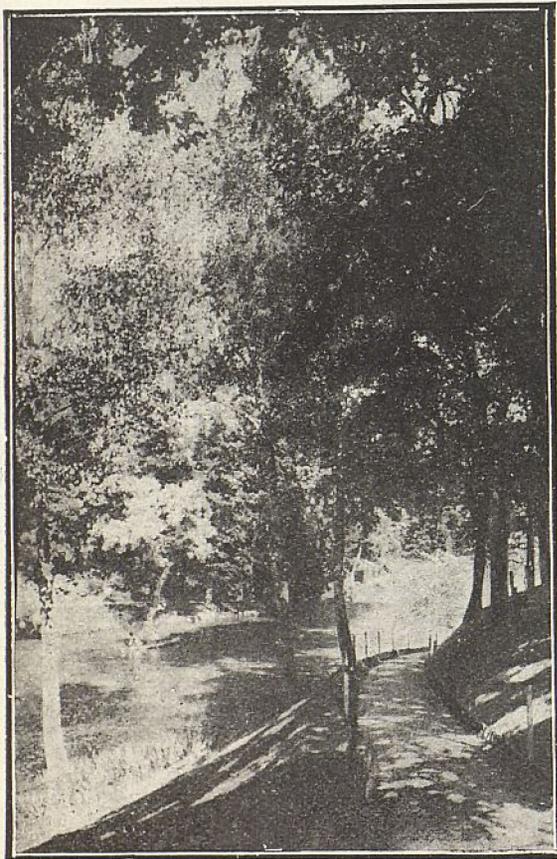
"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIADO

CII

Todo está igual, parece que fué ayer...

Esta conocida frase, que me molesto en copiar porque a mí no se me ocurre otra de mejor calidad, quiere decir que París cambia poco aunque los días se sucedan con la vertiginosidad que todos lamentamos. Hay que advertir que, desde que el franco anda por los suelos y el Banco se ha guardado el poquillo oro que quedó de la guerra, París cambia mucho menos todavía; y,



RINCÓN DEL BOSQUE DE «BOULOGNE»

Paraje parisense que no tiene más interés que el de que detrás de aquellos árboles (¿los ven ustedes?) tuvo lugar el desfiladero entre el novelista Abel Hernández y un distinguido cursi de esta población; y en el cual, a pesar de lo cerca que estaba el agua (¿la ven ustedes también?) no llegó la sangre al río. Por lo demás, nada.

¡qué caramba!, si hemos de decir la verdad como es nuestra obligación, es preciso que reconozcamos de una vez que París no cambia absolutamente nada... Por aquí debíamos haber empezado y nos habríamos ahorrado todo el párrafo anterior; pero, en fin, ya el mal está hecho y no es cosa de volver a empezar con otro párrafo que sería peor todavía y que ustedes pudieran no tolerármele y harían perfectísimamente.

Sin embargo, yo no sólo me refería a que París cambiaba poco en el sentido financiero, sino que quería hacer constar que tampoco cambiaba casi nada en todos los demás sentidos: o, lo que es lo mismo, que París estaba igual que el año pasado y que parecía que fué ayer cuando yo estuve aquí por última vez; pero como ya he dicho al principio que todo está igual y que parece que fué ayer, resulta que este nuevo párrafo tampoco hacía ninguna falta escribirle y que estamos perdiendo el tiempo de un modo lastimoso, sanguinario y anarquista.

Ganémosle, pues, y vayamos al grano, y ustedes perdonen una vez más, teniendo en cuenta las muchísimas que me han perdonado y las innumerabilísimas que me tienen todavía que perdonar en esta vida.

Creo haber dicho que París cambiaba poco, y como ustedes querrán saber por qué lo he dicho, voy a satisfacer su curiosidad en los términos más concisos y más elegantes que me sea posible. Aquí no se construye una casa, aquí no se arregla una calle, aquí no se compone un farol, aquí no se restaura un puente, aquí no se repara la torre Eiffel, y aquí no se repara en lo cursi que es la fachada del *Moulin*

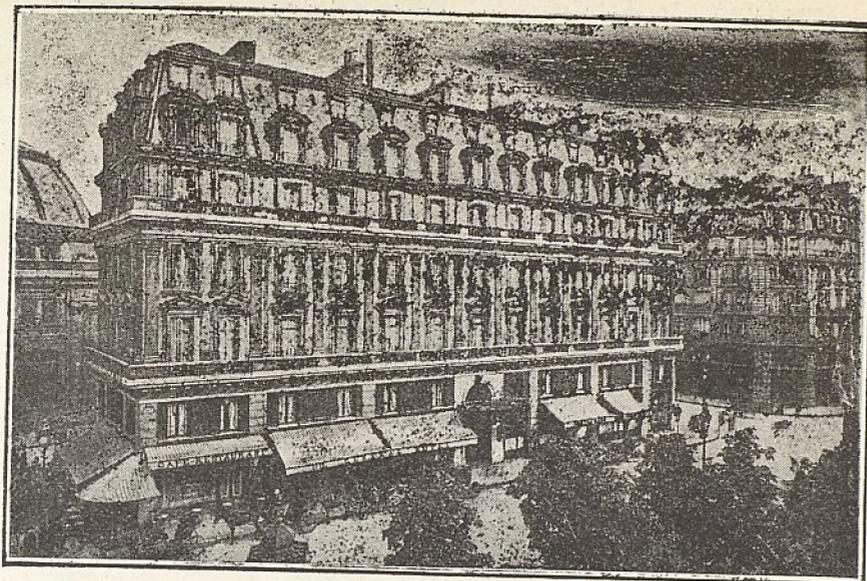
Rouge. Todo es lo mismo que cuando era joven Poincaré y no hay nada nuevo, exceptuando el agua del Sena que es diferente todos los días, es decir, que hoy es muy sucia, mañana más sucia y pasado una verdadera basura, sin embargo de lo cual se bañan en ella todos los veranos unos dos millones de parisenses, que excuso decir en qué estado saldrán de ella, suponiendo que no sean ellos los que la pongan peor todavía, que puede que sí sea ésto lo que suceda.

Resumen: que París ofrece un aspecto inmutable y que el ciudadano que lo ha visto una vez hace mal en venir a verle la segunda, porque le va a ver igual que la primera y no es negocio.

Una prueba: en Lutecia existe la costumbre democrática, y un poco molesta para el transeunte, de instalar en las aceras lo que debía estar en los escaparates de las tiendas. Unas especies de monstruosos puestos de baratijas obstruyen el paso concienzudamente y se encuentra usted en plena vía pública con unas anaqueladas llenas de perfumes, de comestibles, de vinos, de artículos de ferretería, de cacharros, de juguetes y de cuchillos que algunos son de acero y la mayoría de acero sesenta y cinco, por no citar más cosas, que todavía hay más. Como todo esto está en medio de la acera, usted se tiene que parar al verlo delante de sus narices. Y como usted se tiene que parar, pues ya no le queda otro remedio que mirarlo. Y de mirarlo a cometer el suicidio de comprar alguna cosa, no hay más que un leve paso de charlestón. Y, naturalmente, usted hace el paso, el comerciante se sale con la suya y todos felices.

Pues bien: en septiembre del año pasado discurría yo por el boulevard de Sebastopol cuando, a la puerta de una *charcuterie*, observé una fila de pollos más desplumados que si hubiesen sido amigos íntimos de *Chelito* y con unos lacitos en el cuello y en las patas que eran una suculenta preciosidad. Se me ocurrió preguntar el precio de uno de los pollos y, al oírlo de labios del charcutero, se me puso la carne de gallina, razón por la cual opté por morirme en cualquier sitio de mi saleroso cuerpo, que me salía bastante más barato y era casi igual.

Han pasado diez meses, he vuelto a París y he vuelto a pasar por el boulevard de Sebastopol. Nuevamente me



EL CENTRAL HOTEL

Este paralelogramo edificio, como ustedes observarán por la fotografía, es completamente aislado. Lo aisló el arquitecto y ahora van a aislarle todavía más los dueños, porque es que cobran unos precios que no va nadie, ¿qué más aislamiento quieren ustedes?... Pero si quieren más, díganlo sin temer ninguno y nosotros se lo diremos a los representantes de él.

he detenido a la puerta de la *charcuterie* y... ¡allí seguía la fila de pollos, con los mismos lazos y las mismas caras y lo mismo de caros!

Es inútil que el industrial haya querido convencerme de que no eran los mismos. ¡Les he reconocido como se reconoce al amigo ausente, al hijo pródigo que vuelve o al héroe que cruza por nuestro lado una vez y deja grabada en nuestro corazón su fisonomía inconfundible! ¡Les he reconocido, sí, y les he dicho con emoción *¡hola, pollos!* porque tenía la seguridad de que eran los mismos con los que hice amistad tierna (más tierna que ellos) el año pasado!...

Y el charcutero, ante mis afirmaciones rotundas, ha bajado la cabeza y me ha confesado que no va a tener más remedio que bajar los pollos.

Y aun así dudo de que los venda.

Y todavía tengo una duda más horrible:

¿Cuántos años hará que fallecieron mis pobres amigos?

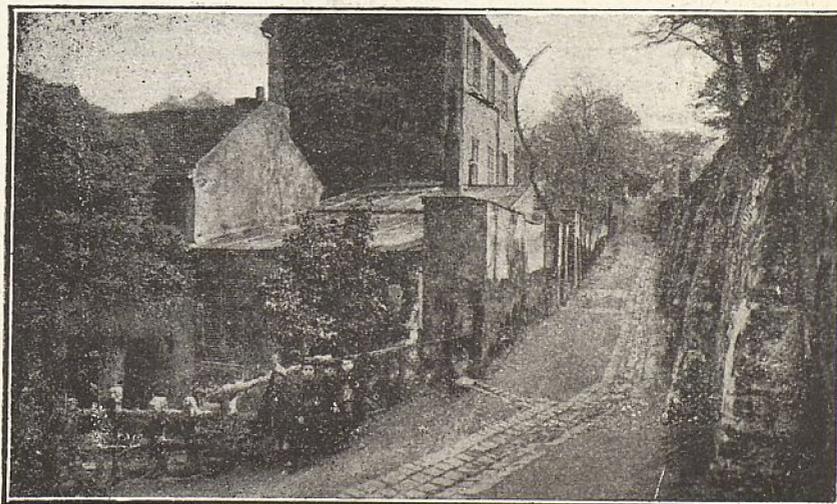
Y otra duda más espantosa todavía:

¿Habrán vivido alguna vez?...

Porque en París se suelen fabricar unos pollos con armadura de cartón piedra y miga de pan y con relleno de carne de gato de Angora que, al decir de los que los han probado, le hacen un lío al gastrónomo más espeluznante.

CIII

La escena tiene lugar en un café del boulevard Saint-Germain.



EL CABARET DEL «LAPIN AGILE»

Esto de *Lapin agile* quiere decir en francés el conejo vertiginoso o una cosa así. El cabaret está en el viejo Montmartre. El conejo, se conoce que por ser vertiginoso, no hemos hallado manera de verle en el cabaret, del cual seguramente salió huyendo hace muchos años.

El establecimiento está lleno de ciudadanos republicanos, y además estoy yo (que no tengo para qué decir aquí cuáles son mis ideas políticas).!

Yo cené modestamente y los demás toman café miserablemente.

«In sexteto ameniza el acto, pero uno de los gachós que lo componen suelta de pronto el violín, agarra un embudo y empieza a recorrer las mesas dando medio minuto de música a cada parroquiano. Al llegar ante mi humilde persona, se sienta frente a mí y me obsequia con diez minutos de monserga. Al cabo de ellos, se levanta sin despedirse, se dirige al piano, suelta el embudo armónico y coge un pito. Con el pito, repite (y repita) la faena anterior. Medio minuto de lata a cada consumidor y un cuarto de hora largo para mí solo.

Al cesar el concierto, y ante mi estúpida cara de asombro, un camarero se cree en la obligación de aclararme el enigma: en este café, según el gasto que hace cada cual, se le distingue con más o menos tiempo de pito o de embudo; es decir, que, como en la ley del repetido embudo, lo ancho es para mí que estoy cenando y lo estrecho para los demás que toman café sólo (solo o con leche, que es igual).

Me conformo; pido el postre y antes de poder yo descansar de la melodía, el sexteto se dispone a perpetrar otra pieza.

Al mismo tiempo, se sienta a mi lado un nuevo parroquiano y grita al mozo:

—Traígame una ración de pierna de cordero a la bretona, pero con muchas judías blancas...

Palidezco.
El mozo ve mi lividez y se aproxima.

—¿Le pasa algo, señor?

—¡Hombre, que esto ya es un abuso intolerable!... ¡Que mi corazón me

está anunciando que ahora no sólo voy a tener música enfrente, sino a mi derecha también!...

El *garçon* asiente con tristeza y yo, al ver eso, pego un bote, pago la cuenta y salgo de estampía hacia lugares

menos melódicos y hacia atmósferas más puras...

¡Que ustedes lo pasen bien!

ERNESTO POLO

París.—Brasserie Jacqueminot.—Julio.



VENGANZA CATALANA

—¡No tiene remedio!
¡Me mata la pena!
¡Ya nada me importa
perder la existencial!
¡Hay taxis que arrollan,
leches que envenenan,
balas que perforan,
trenes que atropellan,
viaductos que brindan
mortales piruetas!
¿A qué más dudar?
¿A qué más espera
si sólo la muerte
dará a mi tragedia
el fin oportuno,
la solución bella,
el remedio único
que a mi mal le queda?
¡Sin Luis yo no puedo
vivir en la Tierra!
¡Me mata y le adoro,
querida Enriqueta!...

—Pues, hija, eres tonta
de pies a cabeza.
A ese mal sujeto,
a ese sinvergüenza,
a ese tío vivo,
a ese pollo pera,
a ese mal tenorio
que te hizo promesas
y después de un lance
de gran trascendencia
(¡gran primada tuya!)
se marcha y te deja,
no debes, Matilde,
nombrarle siquiera.

—¡Perjuro! ¡Indecente!
¡Granujal! ¡Veleta!

¡Después que ha logrado
rendir mi firmeza
con frases que ablandan
el pecho a cualquiera!
¡Después que fui suya
como una babieca,
como una fregona,
como una portera!...

—¡Ten calma, Matilde!
¡Ya no lo remedias
con gritos, suspiros,
sollozos ni quejas!

—¡Pero es que aún le adoro!
—¡Valiente simpleza!
¿Quererte? ¿Adorarte?
¿Llorar por su ausencia?
¿Morirse por eso?
¡No seas histérica!
Lo que es yo, Matilde,
te juro por éstas
que Luis me la paga
si Luis me la pega.
Tú en cosas de amores
caminas a ciegas,
no tienes malicia,
te falta experiencia,
y hoy es necesario
que sigas la senda
más firme y segura,
más corta y más recta...
¡Venganza precisas!
¡Venganza sangrienta!
¡Venganza implacable!
¡Venganza tremenda!
¡Algo que a ese infame
e rinda y le duela,
e amargue y le pique,
le escueza y le hiera!

—Mas ¿cómo vengarme,
querida Enriqueta?
¡Nada se me ocurre
que dolerle pueda!
¡No encuentro el castigo,
no encuentro la pena!
¡De cobrar me el daño
no veo manera!

—¡Tonta, más que tonta!
¿Quieres que yo sea
la que, en lugar tuyo,
salde la atroz deuda?

—Libre eres de hacerlo;
mas dudo que puedas
con Luis hacer nada
que venga mi afrenta.
—¡Pues no, no lo dudes,
Matilde, y espera!
¡Te ofrezco venganza,
venganza estupenda,
venganza sabrosa,
venganza completa!
—¡Pues si lo consigues,
y de Luis me vengas,
que Dios te lo pague,
mi buena Enriqueta!...

.....
«Barcelona, trece,
dieciséis cuarenta.
Querida Matilde:
Cumplida promesa.
¡Ya quedas vengada!
¡Ya estás satisfecha!
Mañana me caso
con Luis...—ENRIQUETA.»

UN CHISMOSO



Marín

Dib. MARÍN.—Madrid.

—¿Y tu marido?
—Como siempre, del casino al cabaret y del cabaret al casino. ¿Y tú?
—¡Pues, yo sin salir de mi trinchera!

TRAMPANTOJOS

Los gemelos del conferenciante

El joven secretario del Nuevo Liceo tenía ganas de lanzarse a brillantes iniciativas en el año de su mandato.

Implantó el uso del botijo a la entrada del salón de actos y durante las conferencias se vendían naranjas en el emiciclo, resultando así las conferencias en medio del gran barullo, delgados fideos de conferencia.

Pero la gran iniciativa del joven y batallador secretario, lo que merece quedar en la historia y las costumbres del conferencismo, fué la de los gemelos del conferenciante.

Trató de evitar así el joven y batallador secretario la mala costumbre de algunos que abandonan el salón en medio de la conferencia.

En adelante el conferenciante podría usar como represalia de esos seres descorteses el lanzarles una larga mirada con los grandes gemelos conminatorios. Así ese desarmado desaire que sufre el conferenciante frente al que se va en medio de su perorata, podrá tomar una actitud airosa y vindictiva.

El comilón de gallinas

Todos los días se comía una gallina que cacareaba al venir de la plaza con un cacareo lleno de dignidad que alegraba la cocina.

—Ya sabé que las quiero ver vivas —decía el comilón a la cocinera, temeroso de que se las trajese ya peladas y muertas, sin saber de qué muerte o en qué clínica pudieron morir.

En vista de eso, la cocinera daba repetidos puntapiés a la gallina cautiva y removía el buche de sus cacareos.

Algunos días el comilón de gallinas no oía el hervor flemático de los coqueos galliniles y decía a la cocinera con voz satánica:

—Hoy no he oído a la gallina... Enséñeme las plumas... ¿Y la sangre?

Así sí no veía esas dos señales de que fué muerta en casa, sospechaba que la cocinera hizo el negocio de la gallina de saldo. El escándalo que armaba entonces era mayúsculo y al otro día los cacareos de la gallina eran más vivos y alterados porque la cocinera

martirizaba a la gallina como quebrantanueces de sus cacareos.

El comilón de gallinas reconocía la gallina feliz de la infeliz, la gallina de jardín de la gallina de corralada pedregosa, sabía de la gallina a la que alegraron el sabor de su carne los altos árboles y la gallina rinconera. En el propio bocado del corazón reconocía la gallina sentimental y tierna de la gallina reconcentrada y empedernida. En los hígados reconocía cuáles eran del buen tiempo y del paisaje atemperado y cuáles del tiempo fosco y de los grandes miedos a la naturaleza.

¿Cuántas gallinas se habría comido el buen comilón? La estadística resultaría abrumadora y mejor es no intentarla.

Había matado una cuarta parte de la vida que cacarea en el mundo. Ya tenía él mismo carne de gallina pronta al miedo, sensible a los crepúsculos, temerosa de los perros.

Ya sentía por la noche cacareos misteriosos, como si llenase la casa una abigarración de almas cacareantes y redivivas y como si hubiese apoyadas en las paredes escaleras rústicas para el reposo de las gallinas espectrales.

Tan innumerable crimen no podía menos de ser atajado por el terror y el comilón de gallinas, arrepentido y convulso, se hizo vegetariano.

El muerde-hojas

Al pasar por todos los jardines o cerca de los arriates que bordeaban las avenidas, el «muerde-hojas» tomaba una hoja y se la echaba a la boca mordiéndola como un roedor, cebándose en ella como esos minúsculos insectos que martirizan las hojas antes de comérselas.

No tenía aprensión a ninguna hoja. Hasta en el Jardín Botánico comía hojas sin temor, purgándose con alguna, entrando en un terrible insomnio por causa de otra, durmiendo dos días seguidos por haber probado otra.

El «come-hojas» se refrescaba así en ese probar la hojarasca de la vida. El que no tenía ningún vicio, ni fumaba, ni tomaba dulces, ni mascaba goma, ni usaba palillos, bien se podía permitir aquel grato contento de comer hojas, afición medio de conejo, medio de hombre.

Hasta que un día tropezó con la hoja fatal, la hoja engañosa como todas las hojas con su sabor de primavera reciente y amargosa, consabiente a verde, resabiente a agua.

La saboreó buscando el oscuro gusto a la mezcla de los árboles y los lagos que resucitan en cada hoja, pero al llegar a casa se tuvo que meter en la cama y el médico certificó su defunción por haber masticado una hoja del terrible arbusto «sempronio alongato», el arbusto de que Nerón sacaba sus aciagos venenos.

El pintor y el queso

El pobre pintor no tenía para modelos y hasta los bodegones eran bodegones pobres cuyos elementos tenían una existencia efímera, pues en seguida se los tenía que zampar.

¿Qué alimento podría aguantar la insistencia meticulosa de su pincel?

Pensó en el queso y se dispuso a ser especialista en queso.

¿Pero qué queso?

El más pictórico, el más expresivo, el más leal era el queso de Gruyere, pues si bien el Roquefort podía reunir el modelo vivo al muerto, se corrompería en él su verdadera condición de «naturaleza muerta».

Compró en vista de eso medio kilo de Gruyere eligiendo el mejor pedazo, el que tenía una caída de ojos más pintoresca y lo llevó a su estudio.

Al desenvolverlo en el alto salón el Gruyere abrió mucho los ojos, los dirigió a diestro y siniestro y hasta los entornó marcando el gesto de los perspectivistas cuando miran un cuadro.

El pintor encantado comenzó el nuevo cuadro y trabajó en él todo el día. Al fin iba a poder acabar bien una obra, rematándola hasta la perfección y llegando a dar la calidad de lo representado.

Se durmió soñando con aquella obra perfecta que sería el asombro de los visitantes de Museo y que los guías mostrarían con un gran lente de aumento.

Pero a la mañana siguiente los ratones hambrientos del estudio se comieron el pobre queso en que había depositado toda su confianza en la inmortalidad el pintor pobre.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



UNOS DÍAS DE DESCANSO

—¡Señorito!...

Entreabrió perezosamente los párpados y quedó mirando, con un gesto de estúpida inconsciencia, al criado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Como pasar, no pasa nada. El señorito Andrés que me ha dicho que su-
biera a llamarle.

—¡Ah, bien! Dí que voy en seguida.

Mientras se vestía rápidamente. Eduardo fué examinándose a sí mismo. Se sentía cansado, enormemente cansado de cuerpo y de espíritu por aquel continuo fragin con que Andrés, el amigo bondadoso, le obsequiaba a diario, en su afán de entretenerle durante la permanencia en el pueblecito manchego. Poco acostumbrado a una vida de ejercicio corporal, Eduardo añoraba su existencia en Madrid, su casa cómoda sin sol calcinante y sin caballos, cómplices inconscientes en las caminatas terribles, al final de las cuales Andrés se mostraba orgulloso.

—¡La Peña mocha! Fíjate. ¡Qué paisaje más delicioso!

Eduardo no encontraba delicioso, ni siquiera agradable el paisaje aquel, pero había de hacer de todo forzados elogios en los que, la vulgaridad de los tópicos, no ocultaba el tedio y el cansancio.

No había modo de negarse a realizar las excursiones que el amigo proyectaba y, a pie o a caballo, habían recorrido ya todos los alrededores del pueblo con una precipitación y un anhelo dignos de mejor causa. ¡Y aquello parecía interminable!

Todas las noches, de sobremesa, Andrés preparaba el programa para el día siguiente.

—Mañana iremos a la ermita. Un poco lejos está, pero pueden perdonarse las molestias del viaje por la belleza del panorama. ¡Ya verás! Una vez allí, podemos acercarnos al molino de la vega. Es un molino completamente destruido; sólo quedan de él unas piedras y medio metro de fachada, ¡pero es tan bonito!... Saldremos temprano, antes de que el sol apriete, ¿te parece?

—Bien. Oye, ¿nos queda aún mucho por ver de las bellezas de esta tierra?

—¡Oh, mucho! Esto es interminable y precioso.

Eduardo terminó de vestirse y bajó al patio. En él, y montado a caballo, le esperaba su amigo.

—¡Hola, gandul! Anda, pronto, que se nos hace tarde. Pablo, trae el caballo del señorito. Ayúdale a montar. ¿Estamos? ¡En marcha!

...

«La ermita». «El peñón del diablo». «El molino de la vega»... Eduardo conocía todo, todo menos al pueblo y

menos el caserón de su amigo en donde le hubiera agradado pasar aquellos días cómodamente. Poco amante de la naturaleza, ¿a él qué le importaban aquellos paisajes para cuya contemplación era necesario hacer una caminata terrible?

Por eso, aquella noche, cortó los proyectos de Andrés advirtiéndole:

No podremos hacer más excursiones. Mañana, necesariamente, he de estar en Madrid. Un asunto urgentísimo me obliga a ello.

—¡Qué lástima! ¡Con lo que nos queda aún por ver! ¡Con lo bien que te están sentando estos días de descanso!

...

Le acompañaron hasta la estación Andrés y su padre. Éstos se dolían continuamente de que Eduardo no hu-

biese admirado todas las bellezas del país.

—Prométeme que volverás. ¿Verdad, padre, que debe volver?

—Sí, vuelva usted. Aquí se pasa muy bien.

Eduardo, ya el tren en marcha, exhaló un suspiro de satisfacción. ¡Libre! ¡Se acabaron las excursiones!

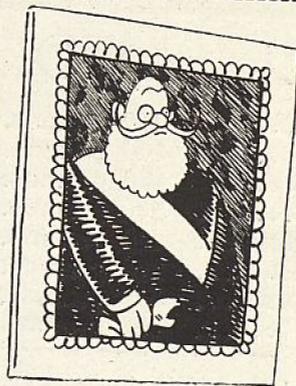
Andrés y su padre, de regreso al pueblo, suspiraron también y también el suspiro fué de satisfacción. Y Andrés dijo:

—Hemos quedado con él admirablemente. Lo hemos atendido muy bien... y no creo que se le ocurra volver por aquí.

Reía el padre.

—No, ese no vuelve—afirmó—. ¡Sabes hacer las cosas, hijo mío!

J. SANTUGINI PARADA



Dib. CASTANYNS.—Barcelona.

—Si, señora. En casa somos dos; un muchacho y una muchacha. El muchacho soy yo. E

UNA PARTIDA DIFÍCIL

(HISTORIETA DE BERGSTROM-NIZA)



EL "CLUB" Y EL AJEDREZ

Torturas cerebrales.....	450 gramos.
Juramentos incopiables.....	100 gramos.
Cigarrillos consumidos.....	350 gramos.
Uñas mordidas.....	200 gramos.
Suela de zapato gastada en pisotones.....	400 gramos.
Rabia y desesperación.....	220 gramos.
Insultos al contrincante.....	300 gramos.
Bilis elaborada.....	500 gramos.

Total..... Una partida de Ajedrez.

(Fórmula del campeón mundial de ajedrez, señor Capablanca, preparada en los laboratorios del señor Miau Lostau de Regrau, de Barcelona.)

En un principio, me resistí a aprender a jugar al ajedrez. Soy muy monárquico, desde que me hice amigo de mister Westney «el rey de las boinas», como le llaman en Ballimore, a causa de sus enormes fábricas de este producto lanoso, y me molestaba la idea de sentarme ante un tablero para lograr la muerte del rey contrario.

Pero conforme fueron pasando los años sobre mi organismo y los autos sobre el asfalto de la calle en que estaba enclavado el «Club», comprendí que mi odio al ajedrez era un poco absurdo y suavemente idiota.

Desde entonces, dediqué mi energía a aprender a jugar al ajedrez.

Jugar al ajedrez en una casa particular, con un amigo de la infancia o con uno de esos caballeros a los que uno se ve obligado a tratar porque son «visita de casa» y que casi siempre tienen el cerebro oxidado, no es jugar al ajedrez: es ejercitarse en el dominio

de la imbecilidad. El ajedrez debe de jugarse en el «Club».

Me veo precisado a convencer a mis lectores de que yo frecuento un «Club». Si no hiciera esto, las damas dejarían de mirarme con simpatía sonriente y los caballeros me tendrían por un ser vulgar. Ser socio de un «Club», frecuentarlo y aburrirse en él elegantemente hace el pie pequeño y desplancha el «smoking».

En España y en la Mandchuria—por desgracia, que lamento—, los hombres no saben estar en el «Club». Basta darse una vuelta por las calles de Sevilla y Alcalá o por la Avenida del Conde de Peñalver para convencerse de esto último. El español utiliza el «Club», que a veces llama «Casino» para sentarse a la puerta a hablar de toros, de deportes o de mujeres—un deporte más—y para piropear a las transeuntes. Es decir: el español confunde el «Club» con una de esas tertu-

BUEN HUMOR

lias de porteras que se forman de diez a once de la noche frente a los portales de las casas, en las calles de tercer orden y de poco tránsito. Y es que el hombre español—me abochorna declararlo—es más tonto que un flan de cerezas. No me incluyo entre los hombres españoles por dos razones; primera; porque sería injusto llamarme tonto a mí mismo cuando esta misión les está confiada a los amigos a quienes más he beneficiado, y segunda: porque yo no soy español: soy oriundo del Polo Norte, región de las nieves perpetuas.

Los que tenemos exacta noción de lo que debe de ser el «Club» no nos sentamos a la puerta de la calle sino en el rincón más oscuro de uno de los salones; no hablamos de mujeres, de deportes ni de toros, sino que perma-



necemos en un mutismo de vargueño con incrustaciones; no piropeamos a las transeuntes sino que procuramos llevarnoslas a casa para enseñarlas a hacer tapices de nudos, y finalmente no vamos al Club a divertirnos, sino a aburrirnos, que es la obligación.

Creo que la diferencia entre unos y otros está más probada que un sombrero de sesenta duros. Sin embargo, haré un ligero croquis de lo que es mi vida clubniana y de la de mis compañeros conscientes de su conducta.

Al llegar al «Club», un criado se nos acerca.

—¿Quiere el señor un «cock-tail»?

—nos pregunta.

Nosotros contestamos:

—Yes.

BUEN HUMOR

Y el criado desaparece cual meteoro. En seguida nos acercamos a un compañero de los que han llegado antes al «Club» y que bosteza, desmayado en un sillón y entablamos este diálogo en inglés:

—To by rendigot picadura de hebra del Far-West?

—Rolls Royce.

—Springen de frac in London trade mark?

—Dublin, Birmingham, Bond street.

—All right.

—Yes.

—Cachucha limited for Pearl White?

—Mac Donald foot-ball.

—Manchester!

Luego nos separamos del compañero y, como él, nos espachurramos en uno de los sillones y provocamos el ardor de estómago bebiéndonos el

Comencé mi aprendizaje.

Una cosa me sorprendió en los primeros días: que las piezas del juego se movían de diferentes maneras. Esto me forzó a armarme unos líos encantadores. Felizmente mi maestro de juego era lord Rupp, el heroico presidente de «La Liga Contra las Cáscaras de Plátanos en las Aceras», y, como aristócrata británico que es, tenía para mí gran benevolencia. Así, cuando yo me equivocaba y movía un caballo como si fuese un alfil, lord Rupp se levantaba, yo le seguía, y en un salón desierto, donde nadie podía vernos, él no me daba más que tres bofetadas en cada mejilla. Si mi equivocación se refería al rey o a la reina, las bofetadas se sustituían por dos puñetazos en la nariz. Lord Rupp es un hombre encantador.

Rápidamente y merced a las acertadas indicaciones de lord Rupp, llegué a dominar el juego. Soy un tipo de comprensión fácil, porque otros compañeros tardaron muchísimo más tiempo en aprender, y eso que sus maestros, que no eran tan aristócratas como lord Rupp, en lugar de darles bofetadas, les atizaban con un cenicero en el cráneo en medio del gran salón, lleno de socios.

Sucesivamente fui venciendo a los clubmans más diestros, y lord Rupp se mostraba muy satisfecho de mí. Sólo uno llegó a resistirse: mister Peter Grow, pero lord Rupp estaba decidido a que me llevase el campeonato del «Club», y una tarde, al salir, me dijo en el ascensor:

—Usted vencerá a Peter.

—¿Cuántas bofetadas cree usted que necesitaré?—le dije.

Sonrió misteriosamente.

—¡Oh!—murmuró con aquella voz

suya que me recordaba el sonoro golpe del reloj de la abadía de Westminster y la campana del comedor de la fonda de Sigüenza—. Ninguna bofetada.

—¿Es posible?

Y lancé una exclamación inglesa.

—¡Recromwell!

—Tengo un medio para que venga usted a Peter—declaró—. Pero no se lo diré hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Adiós—dijo lord Rupp creyendo que le despedía. Y se perdió en la vorágine de la ciudad.

(¡Dios mío, qué maravilloso final de párrafo!)

Al día siguiente empecé mi partida definitiva con Peter Grow.

Lord Rupp estaba detrás de mí.

Cuando yo ejecutaba una mala jugada, lord Rupp dejaba caer sobre mi nuca la llave de hierro que abrió en tiempos la torre de Nesle y que él había heredado de sus antepasados. Era una llave de cincuenta y seis centímetros de larga. Pesaba catorce libras. Comprendí que fatalmente saldría bien librado de la batalla ajedrecística.

Así fué. La llave cayó sobre mí treinta y nueve veces y yo gané el campeonato.

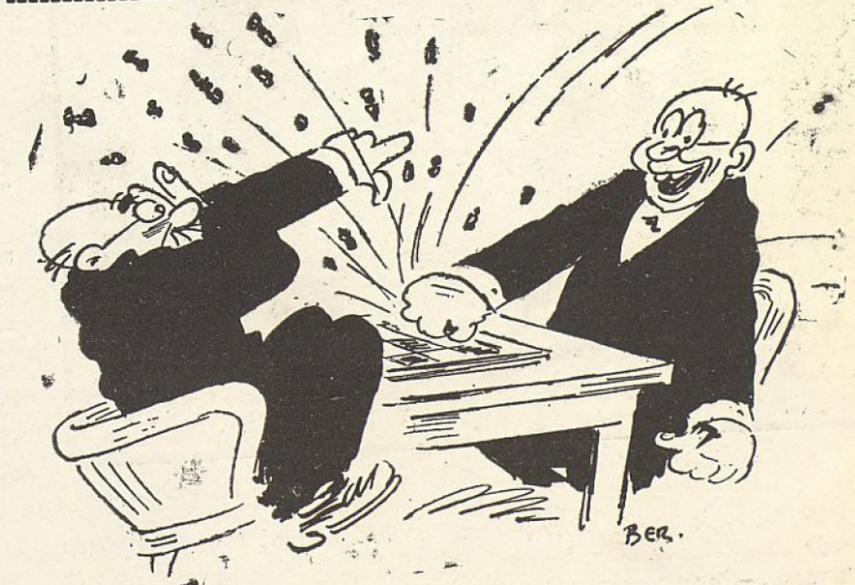
Al final de la partida me reconoció un médico. Las que no me reconocieron fueron mis amistades. Creo que mañana se me va a presentar la meningitis.

Pero soy tan feliz, derrumbado en mi sillón del «Club». El aburrimiento más londinense me embalsama.

Y llamo al criado, y en lugar de un cock-tail, le pido:

—Arnica in bidon, dear...

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



ALELUYAS DE COLÓN O ALLÁ VA UNA EXPLICACIÓN

De la península ibérica
partió Colón para América.

La gente, al verle, se enoja:
—«Este «Colón» se remoja».

Hizo en tres naves (no es nada)
su primer «carabelada».

La mar, que estaba aburrida,
se alegró con la partida;

y al ver a Colón pasar,
pues se divirtió «la mar».

Aunque en Agosto, el amigo
pasó unas noches «de abrigo»

A sus gentes dijo: «Temo
que vais a «meter el remo».

A poco, muy familiar
le era todo por el mar.

En un banco de sardinas
pescaron varias muy finas.

No pescó más porque el tuno
vió, tras del «Banco»... a Neptuno;

quien le dió con el tridente
varios golpes en la frente.

Hizo la «Niña» un viraje
y por poco «se agua» el viaje.

Pero al ver que no la diña,
Colón gritó: ¡Olé, mi «Niña»!

En la «Pinta», algún marino
se arrancaba «por lo fino».

Y así, en la «Santa María»
era todo algarabía.

Ante el jolgorio, los peces
de risa echaban las heces.

Se amoscó Colón, al fin,
y llamó «atún» a un «golfín».

De pronto, la luna llena
salió de la mar serena.

La «Pinta» se extravió
y el Almirante tembló.

Por temor a-un patatús
se puso a jugar al mús.

Al dar cartas, sudó tinta;
pero vió venir «la Pinta»...

Y mientras tanto, las quillas
iban devorando millas.

Otra alba, en que hubo jarana
Colón cantó: «¡Triana! ¡Triana!»

Un ave volando terca,
les auguró tierra cerca.

Y él, dándolas de avisado,
dijo: estoy «del otro lado».

Y con frescura que aterra
todos saltaron a tierra.

—¡Si desembarcar me impiden
los indios, harán el ídem!

Los indígenas acuden
y por poco le sacuden.

—Para ser vuestro consuelo
vengo aquí en nombre del cielo.

—Tú eres—un indio decía—
el «Colón» de cada día...

Antes de que lo dijeras
sabíamos ya quien eras.

—Yo os presentí por las aves.
—Y nosotros, por las naves.

—¿Por cuál nave de las tres?
—Por ninguna, ya lo ves.

—¿Pues cómo sabéis quién soy?
—¡Anda, anda! ¡pues a eso voy!

No es que te hemos conocido!
¿Cómo quien soy, háis sabido?

—Pues, porque te hemos sacado
por la «Pinta», desdichado.

Y Colón dijo a su modo:
—¡Ahora me lo explico todo!

Pues la «Pinta» es la mejor
de mis tres naves, señor.

—Si no es por la Pinta esa,
que aquí a ninguno interesa.

Es, ¡voto a cien mil rajas!
es... ¡Por «la pinta» que traes!...



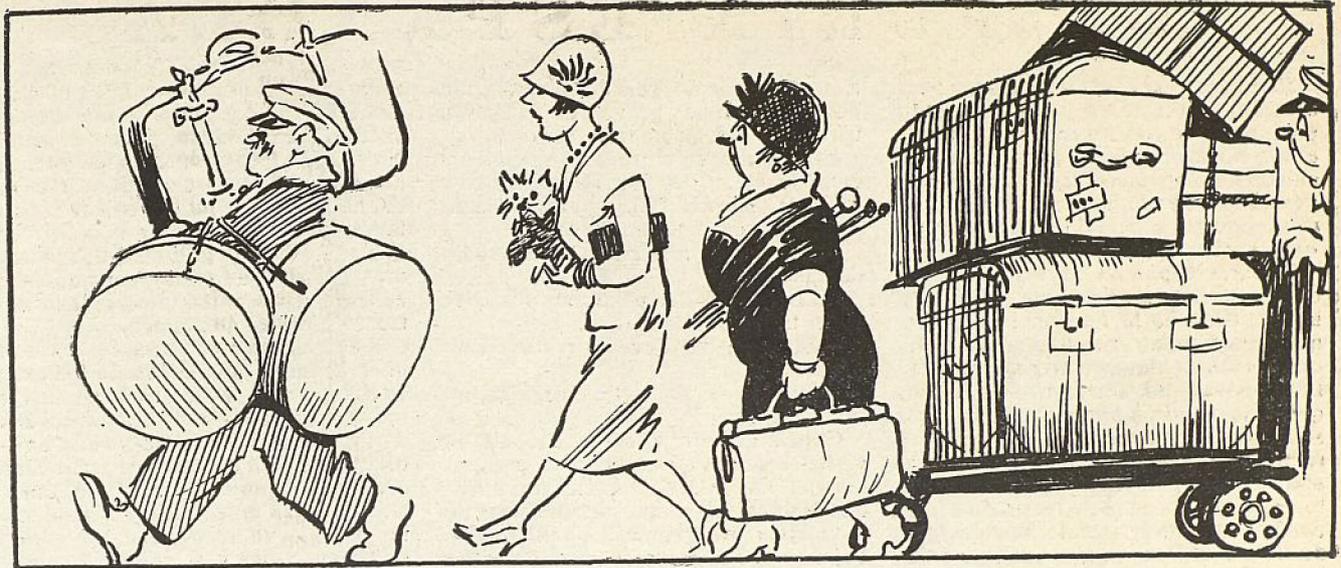
Dib. DEL RÍA.—Barcelonar

LA SUEGRA.—¿Se puede saber por qué no habla usted a su señora hace un mes?

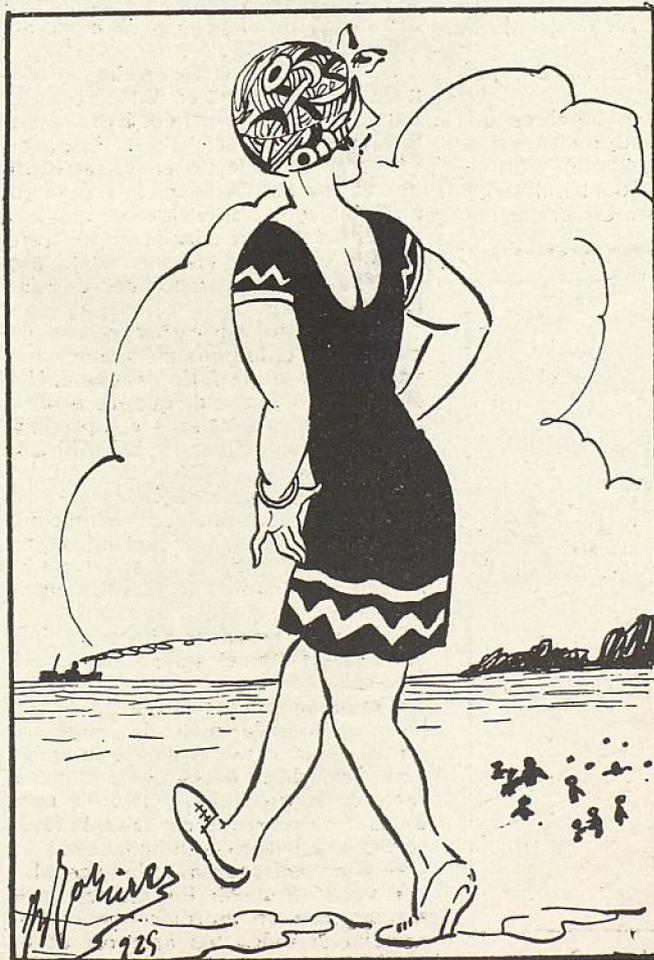
EL YERNO.—Por que no quería interrumpirla.

MIGUEL DE CASTRO

LA REFLEXIÓN DE LA CARABINA



¡La verdad es que llevar tanta ropa....



... para pasar así los días...



... y así las noches!

D. RAMÍREZ.—Madrid.

LA FURIA ESPAÑOLA

El epígrafe de este articulejo no hace alusión, como acaso hayan supuesto erróneamente los jóvenes deportistas, al ímpetu denodado con que nuestros chicos balompédicos regatean, combinan, driblan y chutan, lanzándose a la meta contraria decididos a meter un «goal», cueste lo que cueste.

La furia española se manifiesta en otros muchos aspectos de la vida, y uno de ellos es la frecuencia con que nuestros compatriotas hablan del trance inminente en que se vieron de cometer un homicidio. Parecería lógico que quien ha estado a punto de matar a un semejante reconociera en su fuero interno tan grave falta, se la reprochara severamente y la tuviera escondida en lo más íntimo de sus recuerdos, sin confiar a nadie el secreto de su nefanda tentativa. Pues ¡no, señor!, no sólo la proclaman a voz en grito cuantos han pasado por tan deplorable circunstancia, sino que cabe pensar, dada la abundancia de estos tipos, si habrá algunos que sin haber pasado por ella alardean de tamaño desafino y sacan a colación, como trofeo de su poder ofensivo, ese «trís» en que estuvieron de quitar a un prójimo de enemigo.

Lo noto, más que en otra cosa, en que al ir por la calle y cruzarme con personas que van hablando, oigo muy a menudo frases terribles que justifica-

rían llamar a un guardia y delatar un delito de lesiones graves, de asesinato frustrado o de amenazas de muerte.

El otro día, en el trayecto que media entre la plaza del Progreso y un café de la Puerta del Sol, oí estas cuatro frases a personas distintas:

—Del primer tortazo lo metí debajo de una mesa.

—Lo agarré del pescuezo y le hice sacar un palmo de lengua.

—Si aquel día llevo el revólver, no lo cuenta.

—Gracias a que salió por pies, no lo deshice.

Contrariamente a estos desahogos verbales de los agresores, las presuntas víctimas guardan un extraño silencio. Natural sería que se quejaran de la violencia de que se les había hecho objeto y que se congratularan de haber salido indemnes de tan grave riesgo; pero, ¡quién!, jamás he oído a un transeunte frases que hagan juego con aquéllas, por ejemplo:

—De un tortazo me metió debajo de una mesa.

—Gracias a que salí corriendo...; etcétera.

Y no creáis que esos hombres que proclaman su ferocidad suelen ser de aspecto imponente, gallardo y altivo, algo así como el tipo del bandido generoso; nada de eso. Generalmente-

esos hombres a quienes faltó el canto de un duro para matar a otro son escualidos, enclenques, flacos y paliduchos, con un pentágono de arrugas en la frente y algo cargados de espalda, hombres que tal vez en su casa son temibles y hacen andar más derecha que una vela a su pobre esposa (mucho más grande que ellos), pero que en la calle no representan la capacidad destructora de que presumen.

Y esto que se observa en la vía pública acontece igualmente en los cafés, en los tranvías, en los espectáculos, en todos los sitios donde uno, sin pretenderlo, oye forzosamente lo que un individuo le está contando a otro. Siempre resulta que hay un tercero, ausente, que es un muestrario de maldades, un bribón, un bicho que no pagaría con siete vidas y al que hay que pisotear implacablemente. Pero éstos, los malos, son los que no se dejan ver nunca, los que no se sabe dónde están ni cómo se las arreglan para eludir un día y otro día el peligro de morir que sobre ellos pende.

En estas meditaciones iba yo abstraído cuando entré en el café céntrico a que aludo al principio. Busqué una mesita desocupada y allí me dispuse a saborear mi cafecito en un ambiente que se me antojó apacible y en el que no había más motivo de desasosiego que la habitual granizada de los catastróficos vitalicios enérgicamente proyectada contra un suelo lleno de papeles y basura.

Bien pronto, sin embargo, dos parroquianos contiguos me hicieron volver al tema de la furia española. Uno de ellos se quejaba de que «la moto se había vendido gracias a él», pero que el muy perro de Fulano le había birlado la comisión.

—Lo cogí por las solapas y lo zarrandeeé como un muñeco. «No me mates, no me mates, por mis hijos», me decía el muy cobarde. Y aquel día no lo maté; pero como vuelva a echármelo a la cara...

—Hombre, no vayas a hacer una barbaridad—le dijo el amigo que con él estaba.

Y el presunto agresor, luego de morder media tostada en el café y engullirla rápidamente, para dar idea a su amigo de lo firme de su decisión, de lo inexorable de su propósito y de que puesto a matar no reparaba en nada, le replicó lleno de temerosa indignación:

—¡A mi padre le masco los sesos!...

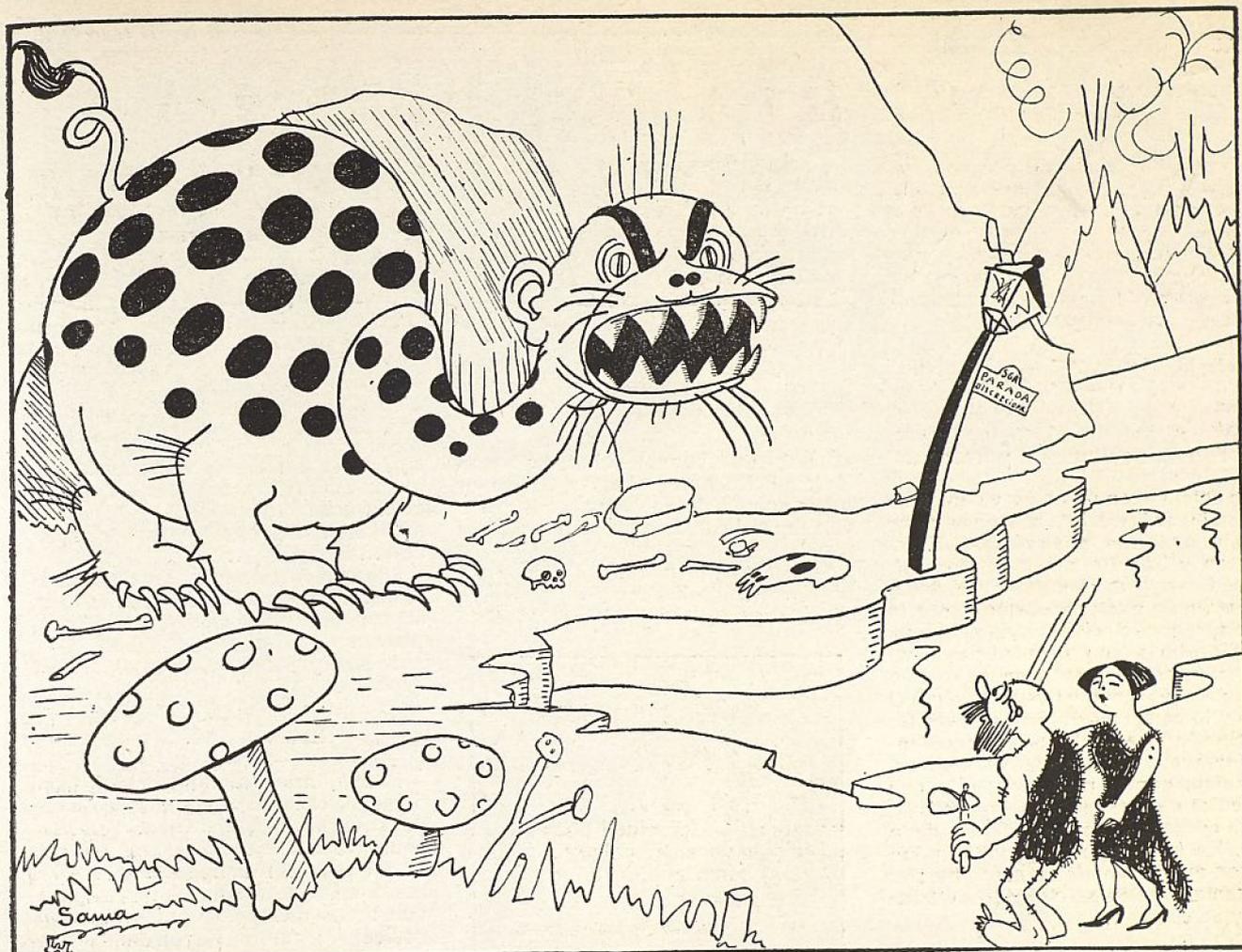
Y volvió a clavar los dientes en la tostada, con un mordisco en que se apreciaban todos los horrores de un parricidio en que las circunstancias agravantes hubieran echado el «Completo»...

RAMIRO MERINO



Dib. Jaso—Orense.

—¿Ande vas tan corriendo, Ustaquiuo?
—A ver la Puerta del Sol y no quíó entretenerme, que me han dicho que la cierran a las seis.



EN LA EDAD DE PIEDRA

Dib. SAMA.—San Rafael.

LA MUJER.—¡Anda, maridito, compláceme, sólo te pido un diente para hacerme un dijel

GALERIA PINTORESCA

¡A BUENA HORA!

Para Juan Pérez Zúñiga
en BUEN HUMOR

—¿Te acuerdas, querido Juan, de nuestro amigo Fernando que vivió siempre esperando la herencia de un catalán, y cuando al fin heredó viejo y enfermo el parné nos dijo: —¡Ya para qué! y en efecto, se murió?

Pues algo así me sucede cuando salgo de paseo y veo ¡ay, lo que veo! claro que mirando adrede.

¿Te has fijado, amigo Juan, en esas lindas chiquillas que lucen las pantorrillas lo monísimas que van?

¿Te has fijado en las melenas recortadas a cercén que hoy peinan las chicas «bien» ya rubias o ya morenas?

Yo, al verlas desde el Café donde me hallo descansando, me altero, pienso en Fernando y digo: —¡Ya, para qué!

¿Te has fijada en el escote de algunas bellas jamonas, que al verlas te envalentonas como cualquier monigote y se te afilan los dientes, como a mí, cuando ya es tarde para hacer algún alarde de amores incandescentes?

Me consta, porque lo sé, que aunque vengas alardeando te acuerdas tú de Fernando y dices: ¡Ya, para qué!

Los que están más enterados, varones de mucho seso dicen que eso es el progreso que nos pilla retrasados, y acaso digan verdad los que así nos desencantan, pues los tiempos *adelantan*

que es una barbaridad.

¡Ay, Juan de mi corazón, al recuerdo de Fernando qué días estoy pasando con esta transformación!

Si en nuestro tiempo ya obscuro hubiera habido estas modas, se nos rinden casi todas las muchachas, de seguro.

A í por bello don Juan y a mí por bravo don Luis, ni en Nápoles, ni en París, ni a í ni a mí se nos van.

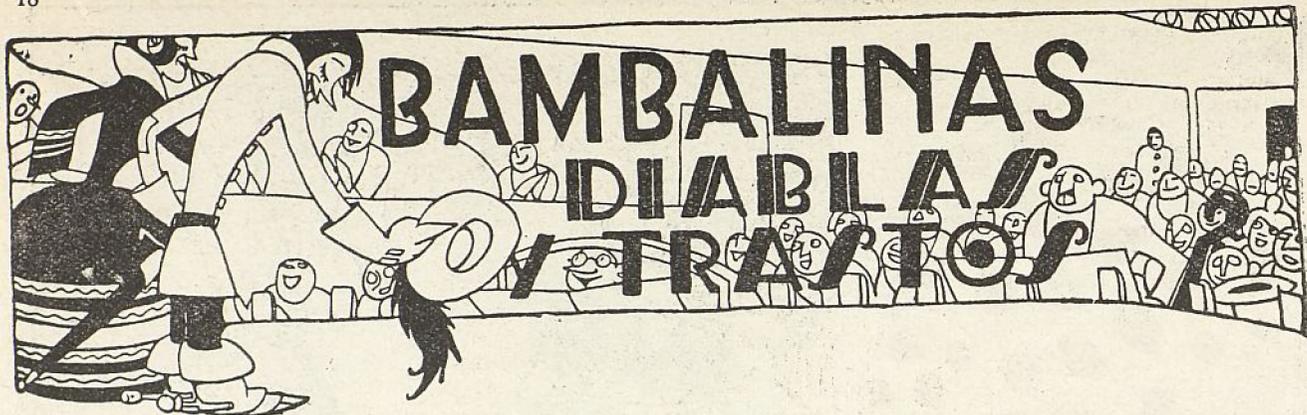
¿Que hay que escalar un convento? ¡y allá va Juan decidido!

¿Que hay que matar a un marido? ¡y allá llego yo al momento!

Pero hoy, perdida la fe, la juventud y con canas...

¡nos quedamos con las ganas diciendo ¡Ya, para qué!

FIACRO YRÁYZOZ



Sorbos... aceitunas... patatas...

Ya estamos en verano y ya tenemos el estiaje escénico. Los teatros se duermen y nosotros bostezamos. Entre bostezo y bostezo pedimos algún líquido fresco y sorbemos. En el verano hay, más que nunca, que pasar la vida a tragos. Sorbemos, soplamos; y entre sorbo y soplo, paladeamos un recuerdo, una anécdota, un dicho o un hecho, como quien va entreteniéndose el ocio y la pereza pinchando una aceituna olivándose a la boca, con indolente despreocupación, una patata inglesa.

Dediquémonos, pues, hoy, a lo que se dedican ahora todos los espectadores: a contemplar el espectáculo de la vida. En estos días la gente va a los teatros que tienen afuera café o bar; se sientan allí, salen a relucir los refrescos y se charla...

Charlemos, pues.

El teatro ha de ser «teatro»

Zacconi, el gran actor italiano, ha publicado en una revista italiana ciertas declaraciones acerca del teatro:

—No creo—ha dicho—en el teatro de tesis, en un teatro cerebral. El teatro debe estar compuesto exclusivamente de pasiones. Un texto filosófico puede tener un gran sabor, pero para ser recitado. No hay teatro moderno, ni teatro nuevo ni teatro antiguo. Hay obras que son «teatro» y obras que no lo son. Ni más ni menos.

Chóquela usted, ilustre. Todo eso que usted dice «va a misa». También lo dicen por acá muchos actores y también «va a misa».

Queda sólo por saber qué es eso de «teatro» y cuáles son las obras «teatro» y cuáles no. Antes de meternos en detalles, todos estamos conformes: no hay más que obras malas y obras buenas; pero cuando nos metemos a puntualizar ¡adiós mi dinero!—o ¡adiós el dinero de los demás!, porque al dinero mío le dimos el adiós postrero hace ya tiempo.

Luis Chiarelli, el autor que se hizo célebre con la *Máscara y el rostro*, ha

contado una conversación suya con Zacconi. Encontró el actor al dramaturgo poco después de haber logrado éste la celebridad con la comedia antedicha.

—Está muy bien... Sí... Yo haría esa obra...—le dijo Zacconi—. Pero yo la

haría... en serio. Las escenas del segundo acto tienen una fuerza dramática extraordinaria.

Chiarelli dice que le volvió la espalda y... hasta hoy...

Los que conozcan la obra de Chiarelli que representada con gran éxito en Madrid por la Compañía De Rosas, podrán apreciar por sí mismos, en toda su significación, el valor de este sucedido.

Los «entendidos»

Chaliapine, el cantante ruso de fama mundial, el ídolo acaso más adorado de todos los artistas líricos actuales, contó no hace mucho en Londres que Gorki y él eran amigos cuando jóvenes, cuando tenía Gorki quince años y Chaliapine diez y nueve. Gorki quería dedicarse al canto y fueron ambos amigos a Kazan para que les probaran la voz. Los «peritos» o «entendidos» opinaron que la voz de Gorki, voz de barítono, no estaba mal que digamos, pero que Chaliapine no tenía voz ni aquel era el camino.

«Yo—dice Chaliapine—no me descorazoné, sin embargo, por el resultado de aquel fallo y continué estudiando.»

Gorki, según parece, continúa recordando con admiración al gran artista.

La propiedad ante todo

Nos referirnos a la propiedad escénica, por supuesto, aunque esta propiedad lleva a veces a extremos excesivos lo mismo que la propiedad de bienes, más o menos cotizables.

Un actor español conocimos nosotros que había, según él; descubierto un sistema peculiar de recitado, sistema que consistía en ir sugiriendo con el gesto las diversas actitudes que correspondían a cada palabra o a cada frase. Hablaba el verso de trompetas; pues él se llevaba a los labios la mano cerrada como si empuñara una corneta. Hablaba de lanzas; pues él apuntaba con el brazo el gesto de sostener una



Don Ricardo Baroja, criatura angelical, según pueden comprobar nuestros lectores.

pica con marcialidad; y así sucesivamente.

Una vez le vimos recitar una poesía que terminaba de este modo:

«Y la luna, plateada, va rodando en el azul».

Y nuestro recitador, al decir que la luna iba rodando, trazaba en el aire con el dedo varios círculos sucesivos, y el efecto era magnífico; parecía que veíamos enteramente a la luna, dando vueltas por el aire, como si fuera un plato de malabarista.

Ahora, un actor italiano, ha tenido en esto de la propiedad escénica una idea que no deja de ser chusca y de tener su sátira correspondiente. Debe, según parece, representar un papel de banquero americano y ha llevado su escrupulosidad hasta el extremo de cubrirse los dientes de oro, para tener de esa manera un tipo más neoyorquino y más de *businessman* u hombre de negocios.

Algo hay de eso; y no está la cosa descabellada; porque en América debe de haber una razón de moda y no sólo de higiene, para ponerse los dientes tan orificados que, según la frase de Sassone, «parece que ciertas personas han comido relojes»... y no se han limpiado los dientes.

La observación del italiano es cierta. Pero no ha faltado quien vea en eso un exceso de escrupulosidad no exento de posibles peligros. ¿Llegaría ese actor a saltarse un ojo si el día de mañana —todo llegará— tuviera que representar, en alguna comedia histórica, la figura D'Annunzio?

De tal palo...

Una actriz francesa tiene una chiqui-



Mirlos blancos en la gífolada de Carmen Baroja de Caro, *El Gato de la Mère Michel*.



Carmen Monné haciendo monnerfías a su esposo, Ricardo Baroja.

lla de tres años, avispada como ella sola; todo lo revuelve, todo lo habla, todo lo imita...

Un día la encontró su padre con el polissoir de la madre, dale que te la darás a las uñas. Al ver entrar al padre, le explicó:

—Me estoy haciendo las uñas porque tengo que ir al médico esta tarde...

Y ayer, cuando querían «ponerla guapa» para llevarla de paseo, rechazó a la doncella con esta frase:

—Por Dios, no me toques hoy, porque estoy esta tarde nerviosísima.

Más vale tarde... que pronto

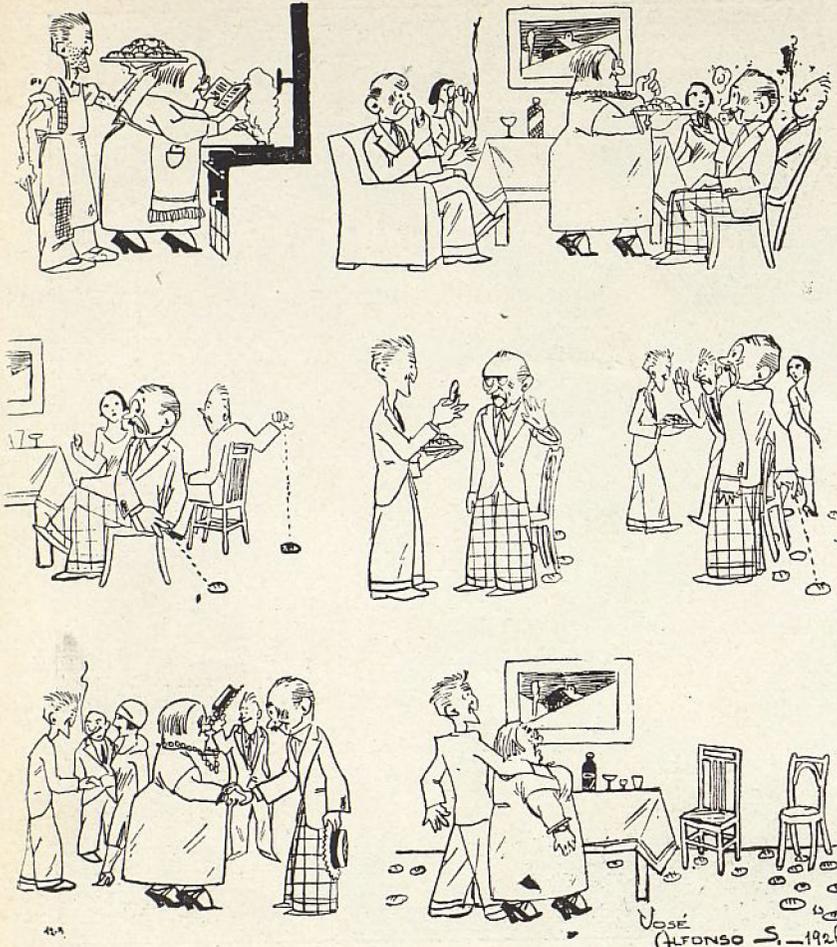
—Yo tardé veinte años—decía en cierta ocasión un literato—y tardé veinte años en enterarme de que no sabía escribir.

—¿Y qué hizo usted entónces?

—Nada, porque ya era célebre.

Por la repelición,

MANUEL ABRIL



¡VALIENTES PASTELITOS!

- 1.º Para celebrar el día de su cumpleaños se le ocurrió a la señora de Benito hacer unos pastelitos guiándose por un libro de cocina.
- 2.º Tome usted un pastelito, los he hecho yo, ya verá usted qué buenos están.
- 3.º Los invitados.—¡Valientes dulces! ¡Qué malos! ¡A un rincón!
- 4.º El señor Benito.—Tome otro pastelito, los ha hecho mi mujer.

- 5.º ¡...!
- 6.º La señora Benito.—¿Qué les han parecido los pastelitos? —Los invitados (por cortesía) —Riquísimos.
- 7.º —¿Cómo encuentran el comedor los señores de Benito cuando han marchado los invitados!

Dib. Alfonso Sarmient.
(Zaragoza)

CHISTES DE TODO EL MUNDO

- Estos pollitos son de incubadora.
- Caramba, parecen de verdad.
(De *Meggendorfer Blaetter*, Munich.)
- ¿Has estado alguna vez en el Museo nacional?
- No; jamás ha llovido cuando he pasado cerca de allí.
(De *Kasper*, Stokholm.)
- Papá, si alguna vez me caso, ¿podré llevar el piano a mi casa?
- Sí, pero no se lo digas a tu novio hasta después.
(De *Windsor Magazine*.)

La mujer casada.—Mi marido ha sido siempre un hombre de suerte. Cuando era chico, fué despedido del caballo que montaba y no le pasó nada. Cuando joven, se rompió el hielo en que patinaba y no se ahogó, y cuando estudiante, fué cogido en una avalancha en los Alpes y escapó sin novedad.

El soltero.—Y está casado hace veinte años y todavía vive.

(De *Nagels Lustige Weet*, Berlín.)

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA» no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Caba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones

CABAS REALES S. C.

SANTIAGO

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN DRAMA PASIONAL, POR CAMI

ACTO PRIMERO

La "pupila" del marido

La escena representa una calle.

EL COCHERO FÚNEBRE (*desde su carroza*).—El sol brilla en el azul del cielo, los pájaros cantan alegremente, y en esta hermosa tarde de primavera conduzco al cementerio un féretro de primera clase. ¡Qué entierro más soberbio! Una muchedumbre numerosa y escogida sigue a mi coche de ocho caballos. (*En este momento, el cortejo pasa ante un hotel. Desde su altura, el cochero fúnebre divisa por una ventana del entresuelo, a una pareja en conversación galante.*) ¡Cielos!... ¡Mi esposa!... (*Para en seco los caballos de la carroza*).

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¿Qué ocurre? ¿Por qué se detiene en plena calle?

EL COCHERO FÚNEBRE (*chillando y señalando con el látigo a la ventana del entresuelo*).—¡Ah perros! (*Mete la carroza en la acera hasta arrimarla a la fachada del hotel. Los culpables han cerrado precipitadamente las maderas. De pie en el pescante, el cochero golpea con la vara del látigo en las persianas cerradas.*)—¡Abrid, pedazo de canallas!

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¡Qué escándalo más inaudito! Cochero, ¿se ha vuelto usted loco?

EL COCHERO FÚNEBRE.—¡Soy un marido burlado! Acabo de ver a mi mujer, a mi Josefina, en esa habitación con un hombre. (*Al comisario de defunciones.*) ¡Súbase aquí, señor comisario, y venga a dar fe de un flagrante delito de adulterio!

EL COMISARIO DE DEFUNCIONES (*ofendido*).—Los adulterios no son de mi negociado. ¡Vamos, en marcha! ¡El cortejo se impacienta!

EL COCHERO FÚNEBRE.—¡Marchar! ¿Dejar a mi Josefina con su amante? ¡Nunca!... ¡Ah, miserable! ¡Y yo que no sabía qué hacer por ella! ¡Una mujer, señoras y caballeros, a quien llevaba al concierto y al dancing casi todas las noches! ¡Porque—puedo decirlo sin alabarme—me gustan las diversiones como al primero! Entonces, ¿qué tiene ella que echarme en cara? (*Gritando y golpeando las persianas.*) Di, Josefina, ¿qué puedes reprocharme?

EL DUEÑO DEL HOTEL.—¿Ha terminado usted ya de aporrear mis ventanas con el látigo? Su mujer va a salir: pueden ustedes explicarse en la calle. ¡Mire, ahí la tiene!

EL COCHERO FÚNEBRE (*saltando del pescante y lanzándose sobre su mo-*

jer).—¡Infame, me has engañado! No quiero escándalos: en casa nos explicaremos. ¡Andando!

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¿Cómo! ¿Se marcha usted? ¿Y el entierro?

EL COCHERO FÚNEBRE.—¡A mí qué me importa! ¿Lo oye usted bien? ¡Ahueque!... ¡Mi honor ante todo! Voy a entenderme con Josefina. (*Se aleja con su mujer.*)

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¿Qué conflicto! El entierro ocupa toda la calle e interrumpe la circulación. ¿Qué haríamos?

(*En este momento, la ventana del entresuelo se abre y aparece en ella una cabeza rematada por la chistera de un auriga.*)

EL DUEÑO DEL HOTEL (*al agente*).—Es el amante de la mujer del otro cochero, que también es del gremio, aunque pertenece a una empresa de carruajes para bodas. Le he explicado el compromiso en que usted se encuentra y se halla dispuesto...

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¿A reemplazar a su compañero?

EL COCHERO NUPCIAL, (*desde la ventana*).—¡Con mucho gusto! Ya estoy vestido, porque tenía para hoy una boda. Hasta había preparado mi látigo. (*Salta por la ventana y se sienta en el pescante de la carroza.*)

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¿Haría usted el favor de quitar el lazo blanco que adorna su látigo?

EL COCHERO NUPCIAL.—¿Tiene usted

razón! (*Se guarda el lazo.*)—Y ahora, ¡en marcha! Procuraremos ganar el tiempo perdido. (*Hace chascar el látigo.*) ¡Arre cocotte! (*Lanza los caballos al galope y desaparece a los atónitos ojos de la comitiva.*)

EL COMISARIO DE DEFUNCIONES (*a los parientes del muerto*).—Ese cochero de bodas no tiene la costumbre de ir al paso. No ha pensado en que un coche fúnebre no es un landó de recién casados. ¡Le encontraremos en el cementerio! ¡Partamos!

EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—Es la primera vez en mi vida que sigo a un entierro sin muerto. ¡En fin, vamos andando!

ACTO SEGUNDO

Tardanza explicada

La escena representa la entrada del cementerio.

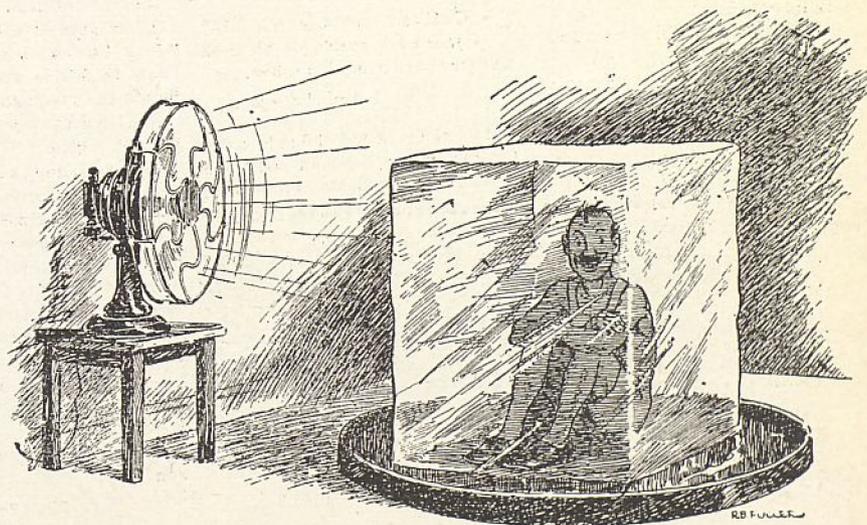
EL AGENTE DE LA FUNERARIA.—¡Qué raro! Estamos en el cementerio y aún no ha llegado el coche fúnebre. La familia empieza a cansarse.

EL COMISARIO DE DEFUNCIONES.—Ya está aquí. ¡Viene trofando!

EL COCHERO NUPCIAL.—¡Señores, dispensen mi retraso. Impulsado por la fuerza de la costumbre, acabo de dar la vuelta al Bosque de Bolonia con la carroza!

TELÓN

M. V.



Un invento necesario para los días calurosos de verano.

(De Life, Nueva York).



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el colegio:

El profesor.—A ver, Pérez, en la oración «yo ato al perro» ¿cuál es el sujeto?

Pérez (*sin vacilar*).—¡El perro!

Enrique Fábregas.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Entre paletos.

—¿En qué se diferencia un ratero, del tren?

—Pues en que el ratero *sustra*e y el tren *trae* y *sus-lleva*.

Andrés Gimenez Gallego.
Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un ladrón?

—Poner en la puerta de su casa un perro para que no lo roben.

A'puche.—Jaén.

Un viajante se vió obligado a detenerse en una pequeña población debido a que se había inundado la

línea férrea a consecuencia de unas lluvias muy copiosas.

Mientras seguía lloviendo a torrentes entró en el comedor del hotel donde paraba y le dijo al mozo:

—¡Esto parece el diluvio!

—¿El qué?

—El diluvio. ¿No ha leído usted lo relacionado con el diluvio, Noé el arca, el monte Ararat?

—Mire, señor—dijo el mozo—hace tres días, ¿sabe? que no leo ningún diario.

Benjamín López.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿Cuándo dejó de ser puerto el puerto de Palos?

—Cuando fué *Rada*.

Fray Pio.—Lérida.

Un Inglés necesitaba un hombre valiente para ir a cazar leones a África. Le dan las señas de un valiente de Sevilla y le presentan al fiero más espantoso de España.

—¿Usted no tener miedo?—le pregunta el inglés.

—No se lo que es eso.

—¿Mi querer probar su valor?

—Puede comenzar.

El inglés saca el revólver y le dispara seis tiros al rededor de la cabeza y el valiente no se mueve pero se pone más blanco que la cera.

—Bien, tome una libra en señal, es usted un valiente.

—¿Y no podría usted darme otra libra más?

—¿Para qué?

—Pues para comprarme otros calzoncillos.

Paquete.—Logroño.

—¿Cuál es el hombre que come con las orejas?

—Todos, porque ninguno se las quita para comer.

Sotam.—Ceuta.

Entre señorita y criada.

La señorita.—¿Por qué se marchó usted de la otra casa?

La criada.—Porque sólo comían verduras.

La señorita.—Serían vegetarianos.

La criada.—No, señorita. Son de la provincia de Burgos.

Felipe García Corral.—Madrid.

En una tertulia.

Uno.—El crimen de ayer fué terrible, creo que el criminal después de golpear bárbaramente a la víctima, le cortó la cabeza.

Otro.—Pues más hace mi padre que todos los días arrastra, mata y roba varias veces

—¡...!

—Sí, es jugador de guñote.

José Giner.—Zaragoza.

—¿Cuál es el colmo de un hombre?

—Aparar el fuego con una bomba de mano.

F. A.—Melilla.

—¿Dónde fué firmada la constitución?—pregunta el maestro a la clase.

Nadie contesta.

—¡Cómo! ¿no lo sabe nadie?

—Yo lo sé—dice Tomasito.

—¿Dónde fué?

—Al pie de la hoja.

C. de L.

EMBROCACIÓN HÉRCULES

que es un

LINIMENTO

Blanco suave. Blanquea la piel.

Cura golpes, contusiones, torceduras, etc. etc. y es preferido por todos los deportistas

Venta E. Durán.—Galoso. Borrell, en Madrid.

Juan Martín, Madrid-Barcelona

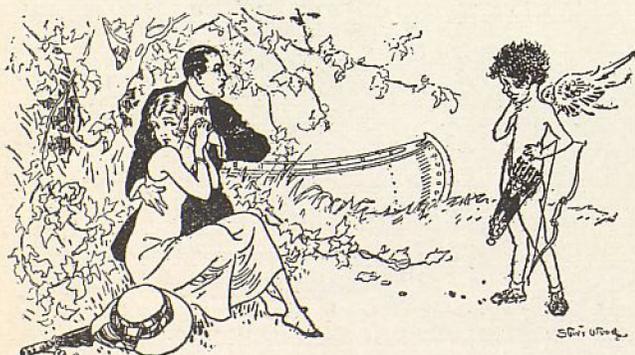
Bilbao-Murcia

Valencia. **Centro Farmacéutico**

Sevilla. José María Galán.

Autor: G. Fernández de Mata.

La Bañeza. (León).



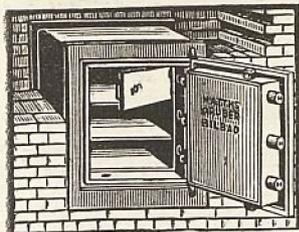
Ellos creían que estaban solos.

De London Mail.—Londres.

—¿Cuál es el colmo de un artífiero?

--Tirar al blanco y matar un negro.

Victoriano Escós —Vich.—



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos. Pedid catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

—¿Cuál es el colmo de un carpintero?

—Enfermar del pecho y que el médico le mande tomar los aires de la sierra.

J. Gutiérrez.—Granada.

—¿Puedes prestarme diez duros? porque me he dejado el portamonedas en casa.

—No... pero toma diez céntimos coge el tranvía y vete a buscarlo.

Kamuffoff.—Barcelona.

En una barbería.

El barbero, que es de los que afeitan tirando bárbaramente de la piel del cuello a los parroquianos, se dirige al infeliz a quien está rasurando y le dice sorprendido:

—¡Caramba, don Paco! ¡No sabía que tuviese usted esta cicatriz en la garganta!

—¿Qué cicatriz ni qué porras!— contesta don Paco.—¡Si es el ombligo!...

E. G. L.—Granada.

Histórico.

Padre e hijo van de paseo y se



El perfume "Varon Dandy" por razones psicológicas atrae poderosamente a la mujer. Probado es que la mujer le impone al hombre de sus ilusiones.



PERFUMERIA PARERA
Badalona

cruzan con ellos dos individuos negros.

—Oye papá, ¿has visto esos que negros son?

—Sí, hijo, ya les he visto.

—¿Y cómo se ponen de ese color?

—Es que nacen así.

—¿Y cómo puede ser eso sin haberles dado nunca el sol?

Un lector de la revista.

Bilbao.

—Todos los peces puestos en fila ¿cuál será el último?

—¡El delfín!

Sarita.—Gijón.

para poder pasar por un tubo tan estrecho!

Carlos de León.

Al dar la vuelta al mundo un gran turista inglés, mister Fano halló un puebl'o tan sólo [cundo, donde el Licor del Polo dejara de alcanzar triunfo rotundo.

En una consu'ta.

El cliente.—Doctor, tengo almorranas.

El doctor.—Internas o externas. El cliente.—Medio pensionistas.

M. Góngora.—Barcelona.

CUPÓN

correspondiente al núm. 229 de **BUEN HUMOR**

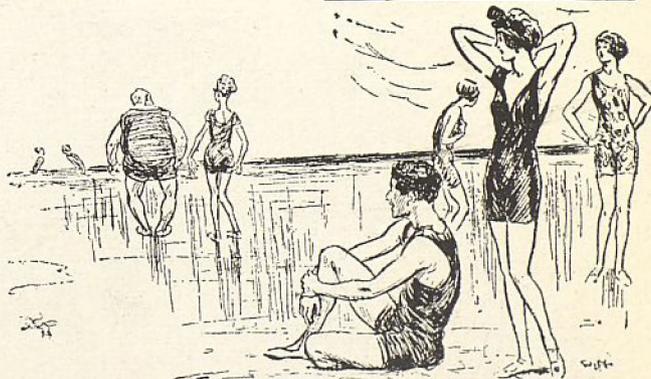
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

—Hay que purgarte, Rufino.
—No quiero purgarme abuela porque me da asco el ricino, trae jarabe de ciruela «Pruni» que es de lo más fino.

La sirvienta de una señora estaba leyendo a su patrona la crónica de un incendio, en la cual se daba cuenta de que una criada de la familia que vivía en el piso tercero, se había salvado descendiendo a la calle por el caño de desagüe.

Al oír esto la anciana exclamó asombrada:

—¡Qué delgadita sería la infeliz



—¿Qué piernas más raras tienen esos, ¿verdad?
—Sí; parecen la O y la K.

De The Humorist.—Londres.



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

Una taza en ayunas evita los purgantes y las bilis. Tomada después de las comidas facilita la digestión.

ES MEJOR QUE EL TE, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELS, FONDAS, CAFÉS Y BARES -- De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Bolsita, 0,10 ptas. DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5.ª calle de San Juan de Letrán, 63.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Lista de desventurados dibujantes que no han podido alcanzar el formidable honor de hacernos un poco de gracia.—Los señores Babiano (de Madrid), Jullito (de Ilo-Ilo, Filipinas), Uno (de Badajoz), Sir (de Albacete), Perymary (de Málaga), Rivagordo (de Aranjuez), E. Acebal (de Sevilla), Miguel (de Madrid), P. Panlagua y C. Rodríguez (de Melilla), J. Qulles (de Barcelona), G. Carrillo (de Astillero), A. F. G. de Quevedo (de Orense), Chuculú (de Madrid), Evaristo Perote (de Santander), Turf (de París), Eleuterio (de Miraflores de la Sierra), G. Tugorer (de Barcelona), Emilio Domínguez (de Madrid), Los templos (de Zaragoza), Tirulliqui (de Jaén), A. Leyda (de Valencia), Pomares (de Huelva), Euzkadi (de Bilbao), E. Faro (de Madrid), Lamberto (de Burgos), Seis (de Barcelona), M. T. H. (de Castellón), Senador (de San Sebastián), K. Cona (de Madrid), Oterito (de Ciudad Real) y N. Alonso, Podis, Bordas,

M. S. A., Lapidero, Caruso, R. V. L., Carfaginés, Flemático y T. Manzano (de procedencia ignorada).

También hemos tenido el hondísimo disgusto de desestimar unos dibujetes del señor Muñoz (de Albacete) que aunque están, en efecto, un poco mejor que los que mandó anteriormente, todavía no están bien ni mucho menos aunque él, en su optimismo juvenil, se haya creído otra cosa.

J. H. P. Madrid.—El cuento baturreo, por ser un poco guarrete en el final, y el romance chulapón, por estar ya pasado de moda el sistema, nos han dejado un poco fríos y con el inenarrable disgusto de no poderle complacer.

Antón. Bilbao.

Ese cuento es harto viejo y aquí hilamos algo fino. Y, con excepción del vino, no queremos nada añejo.

A. P. Barcelona.—Se publicará su trabajo de la estatua emigrante. Es bastante gracioso. ¡Que sea enhorabuena!

Pepe Reyes. Larache.—No está mal versificado (salvo el descuido de

rimar *spleen* con *ojén*), pero el asunto tiene menos importancia que la que actualmente disfruta el señor García Prieto en el mando político.

F. M. Temprano. Madrid.—Los versos de Temprano han llegado tarde. Cuando ya hemos resuelto negar nuestra protección a todos los poetas catatróficos y cuando ya ha pasado de actualidad el sacar punta a los *raids* de aviación. ¡Ah, si hubiesen llegado antes! ¡Probablemente, habría pasado lo mismo, pero para qué vamos a dar ese disgusto a Temprano haciéndoselo saber!

Sotam. Ceuta.

Aunque siempre fuimos finos y galantes con la gente, hemos hecho a sus *Vecinos* una cosa inconveniente. Inconveniente, sobre todo, para usted, porque lo que hemos hecho es firarlos a todos (los pobres!) al mismísimo fondo de nuestro insalvable cesto.

Serafín Prior. Madrid.

Lo de Serafín Prior no digamos que está mal. Mas creo que este señor lo puede hacer aun mejor en vez de hacerlo tal cual.

Antonio Roca. Vizcaya.—Mi querido amigo: BUEN HUMOR no es un abanico, y con esto queremos decir que no es el lugar procedente para desahogarse dedicando líricos alaridos a una señorita, por muy vasca que sea. ¡Esos extremos frenéticos, están bien de usted para ella, cogiditos de la mano y en el más *petit comité* que ustedes puedan... ¿No le parece? ¡Pues que le parezca, porque no hay otro remedio!...

Pascual Cid. Almazán.—El otro Cid (el terrorífico Campeador) a pesar de su probado heroísmo, no habría sido capaz de endilgar una poesía (¡¡¡!!!) como la que usted ha fulminado contra nosotros. Conste así, para satisfacción de usted y para que pueda presumir de valiente con su distinguida familia y apreciables amigos.

E. Navarro. Barcelona.—Hermosa señorita: lástima grande es que su divagación, titulada *¡Abajo*

los niños bien!, no sea tan hermosa como usted. De verdad que lo sentimos... Fíjese usted: estamos llorando todos, desde el inmovible director hasta el postrero empleado de la Administración.

M. L. C. Málaga.—Su *Carta abrida* es una cosilla asaz deleznable e inconsistente para poder aspirar a gozar de nuestros suculentos favores.

Pequeñaco. Valladolid.—Es más inocente que *Chelito* (antes de ser culpable).

Wladimiro Kull.—No sirve.

El Rata.—Esa clase de reseñas no entra en nuestros cálculos el inmortalizarlas en BUEN HUMOR. Serán todo lo fidedignas que se quiera, pero aquí nos conviene más que se digan mentiras con salero que verdades con una cara así de larga.

J. M. G. F. Madrid.—Muchísimas gracias por ofrecernos gratis sus incalificables versos, pero debemos decirle que a pesar de lo baratísimos que usted nos los ha puesto, creemos que no sería un buen negocio el publicarlos.

El intrépido mosquetero. Madrid.—Nos hemos vuelto locos con su artículo y no hemos conseguido descifrar lo que usted pretende demostrar con él. Indudablemente somos muy brutos... ¿Qué será, Dios mío, lo que hay en el fondo de esa prosa, tan sencilla al parecer?... ¡Bueno, a lo mejor no hay nada, y resulta que hemos perdido siete noches de sueño sin necesidad!...

A. R. Correjón. Huelva.—El cuento es bastante viejo, pero además no tiene ni una perra gorda de sal, y váyase lo uno por lo otro: ¡a mucha edad por la poca gracia!...

J. A. Castañón. Zamora.—Pues, anda, que la narración de usted tampoco es anclana ni venerable la pobrecita.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 11.

MADRID



EL HUILINO.—*El agua entra por el techo de mi alcoba.*

EL CASERO.—*Eso está de acuerdo con el contrato «agua corriente en todas las habitaciones».*



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR B



Dib. GALINDO.—Madrid.

- Este es un baile familiar. Le franqueo a «usté» la entrada, aunque no es «usté» socio, porque «tié usté» en la cara cierto sello de elegancia y distinción.
- No es la primera vez que se me franquea por el sello.